

Fal Conde: Carlismo y modernismo

Fal Conde: Carlism and Modernism

Javier Ugarte Tellería
Universidad del País Vasco
javier.ugarte@ehu.es

Resumen: Es un primer esbozo de la biografía de Manuel Fal Conde, pero contiene importantes elementos del debate historiográfico sobre lo que fueron los orígenes del franquismo. Sostiene la tesis de que el tradicionalismo de Fal Conde —como el de buena parte del carlismo más militante de la época— fue un tradicionalismo *modernista*, tal como lo define Roger Griffin —lo que explica su arraigo en el tiempo y su aportación a la sublevación antirrepublicana—. La aparición de una formada élite joven y urbana educada en la tradición apologética del pensamiento católico que asocia nación y religión, y el vacío que dejó la secularización y la pérdida de la idea de lo sagrado hacia 1900, hacen surgir en estos círculos —como una rebeldía— la esperanza de un nuevo comienzo, de un nuevo orden que vino a representar para ellos el carlismo tal como lo expresaron Fal Conde y Víctor Pradera. Por su parte, al primer franquismo hay que considerarlo, sin ambages, como uno de tantos regímenes autoritarios que surgieron en la Europa de principios del siglo XX (donde cabe hablar, sí, de un *fascismo genérico* en toda Europa); del mismo modo que Quentin Skinner considera liberales a USA, a Francia, a Gran Bretaña o a la Gran Colombia de Bolívar. Se debe comenzar por hacer una historia de los hechos para apreciar, después —o al tiempo—, las ideas con las que se fueron tejiendo. Se propone, de modo concomitante, emplear el lenguaje ordinario, el del habla corriente o común —al modo en que lo hacía Benedetto Croce, sin universales ni abstracciones— para elaborar la narrativa, la historia de ese tiempo convulso. Con ello se recuperaría un saber práctico y prudente con el que comprender ese momento histórico de entreguerras (demasiado alterado por el uso de categorías de la sociología y la politología).

Palabras clave: Fal Conde, neoaristotelismo, modernismo, tradicionalismo, *fascismo genérico*.

Abstract: This article about the biography of Manuel Fal Conde, wants to enter also on the way to approach us that time. It defends the thesis the traditionalism of Fal Conde —as much of the most militant Carlism of the time were— was a *modernist* traditionalism, as Roger Griffin defined it —which explains its roots in time and its contribution to the anti-republican uprising—. The arrival of young upbringing urban elite educated in a apologetic tradition in Catholic thought that associates nation and religion, and the emptiness that left by secularization and the loss of the idea of the sacred around 1900, give rise in these circles —as a gesture of rebellion— the hope of a new beginning, of a new order. It is what came to represent for them the Carlism expressed by Fal Conde and Víctor Pradera. On the other hand, the first Franquism must be considered as one of many authoritarian regimes emerged in The Europe of the early twentieth century (where It can speak about a generic fascism in throughout Europe); just as Quentin Skinner considers USA France, Britain or the Gran Colombia of Bolívar, liberal. It should begin by making a history of the facts to appreciate them —or at the same time—, the ideas with which were weaving. It proposes, concomitantly, to use ordinary language, common speech —the way Benedetto Croce did it, without universals or abstractions— to elaborate the narrative, the history of that convulsive time. With this, is recovered a practical and prudent knowledge with which to comprise the particular historical moment interwar period (too upset by the use of categories of sociology and political science).

Key words: Fal Conde, neo-Aristotelianism, modernism, traditionalism, *generic fascism*.

Para citar este artículo: Javier UGARTE TELLERÍA: “Fal Conde: Carlismo y modernismo”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 482-513.

Recibido: 14/02/2018

Aprobado: 10/04/2018

Fal Conde: Carlismo y modernismo

Javier Ugarte Tellería
Universidad del País Vasco

No es cosa fácil acercarse al mundo político de Manuel Fal Conde. Ni tampoco al tiempo en que vivió en política. Aun así, ensayaré esa aproximación —tal vez porque creo necesario hacerlo en aras a la verdad de aquel tiempo; o, si se prefiere, a los preliminares del nuestro—.

Apenas si se conocen detalles sobre su vida particular ni sobre su formación y actividad hasta que en 1930 inicia su vida política. Tras ella, su presencia en la esfera pública decayó. No dejó memorias —para lo que estaba bien dotado— ni se ha escrito ninguna biografía sobre él que merezca tal nombre —apenas alguna hagiografía—. Y, sin embargo, fue un hombre clave en la conspiración contra la República que condujo al 18 de julio de 1936 (de lo que llegan susurros contradictorios que no ocultan su papel decisivo)¹.

Junto a la escasa información, está la pérdida de foco. Frente al fulgor vanguardista de Falange, al que los especialistas tienden a prestar mayor atención, Fal Conde y el carlismo aparecen como extemporáneos en la propia República («cosa del XIX»). Dejó, eso sí, un gran fondo de archivo con el que los investigadores (Manuel Martorell, Mercedes Vázquez de Prada, Santiago Martínez y otros) comienzan a trabajar más intensamente, y del que, sin duda, cabe esperar aún numerosas noticias².

¹ La mejor descripción es aún la brevísima de Joaquín ARRARÁS (*Historia de la Segunda República Española*, Madrid, Editora Nacional, 1964-68, 4 vols., vol. 2, pp. 353-354). Un retrato berroqueño en Francisco ELÍAS DE TEJADA, *ABC* Sevilla, 22 de mayo de 1975. Ramón SERRANO SUÑER (*Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 138) lo cita como personaje decisivo para Franco, para olvidarlo después. Fal sobre Mola, en el Archivo General de la Universidad de Navarra. Fondo Manuel Fal Conde. ES. 31201.AGUN/133 [en adelante, AFC, por seguir notaciones anteriores]: 008-1936. Fal a Franco, en AFC: 258-Conspiración (1) (2). Trato en parte en Javier UGARTE: «Del carlismo vasco o el carlismo en el país vasco durante la dictadura (1936-1975)», *Cuadernos de Alzate* 50-51, 2017.

² Inclinación por el falangismo que ya vislumbraba Enric UCELAY DA CAL en 1989 («Prólogo» a Francisco VEIGA: *La mística del ultranacionalismo. Historia de la Guardia de Hierro. Rumanía, 1919-1941*, Barcelona, UAB, 1989). Ya decía entonces que «la mayoría de los trabajos nuevos [desde la Transición] ... han dado más importancia a la vocación fascista del falangismo», lo que le llevaba a «replantear el tema de la relación ... entre la ideología formal de los portavoces y la latente de los militantes ... Desde este ángulo, se pueden ver dos tradiciones fascistas en España», la católica y la laica, ambas en equilibrio inestable dentro de FET-JONS.

Viene a complicarlo el hecho de que la propia historia de la España de aquel tiempo entre 1931 y 1939 esté hoy en revisión —en el contexto de uno de los más profundos e interesantes debates de la historiografía contemporánea—³.

Ésta y otras faltas, propias o compartidas con otras historiografías (de modo especial la disputa que la historia tiene con la *memoria*, una memoria *comunicativa*, la poderosa memoria *vinculante* de Nietzsche hecha de poder y regla), nos cuesta ponernos a *comprender* (en el sentido hermenéutico de Droysen) ese pasado y las lagunas quedan como vacíos de olvido. Fal Conde — y el tradicionalismo— es una de esos “vacíos” abandonados a la incompreensión —o a la exaltación, que es la otra cara de la moneda—⁴.

De modo que ésta, antes que una biografía de Fal, es, de momento, una consideración sobre ella, una aproximación.

De lo que se puede hablar y de lo que no

Mientras trabajaba en este texto, leía sin otro propósito *La ética protestante* de Max Weber. Su lectura me llevó a otras lecturas y una serie de reflexiones que no puedo desarrollar aquí pero que trataré de resumir en pocas palabras.

Frente a la expresión clara pero reflexiva de Weber (en un tiempo cargado de alta y fecunda controversia)⁵, la tradición historiográfica europea referida a las dictaduras de entreguerras resulta poco satisfactoria y gastada. O bien —y sobre todo— está tan cargada de quiebros y circunloquios, de elaboraciones teóricas incompatibles entre sí, tan desgarrada por una diversidad conflictiva de métodos y enfoques, que dificultan la conversación y la comprensión de aquel tiempo (fascismo genérico, nazismo; conservadurismo, régimen fascistizante o fascistizado, dictadura autoritaria o simplemente militar; totalitarismo, autoritarismo, conservadurismo revolucionario, derechas, contrarrevolución, reaccionario, etc., por no avanzar con “religión política”, etc. o la del “fascismo frailuno” o despotismo moderno reaccionario en España). O si no —a modo de rechazo de lo anterior—, se hacen exposiciones tan apegadas al empirismo puro y al matiz local, que dificultan la reflexión y la comparación. Imposible, por tanto, el concurso entre distintas tra-

³ Sobre esto, entre muchos, Michael SEIDMAN: «Una democracia sin demócratas», *Revista de Libros*, 165 (2010); o el reciente, Francisco MORENTE, Jordi POMÉS y Josep PUIDSECH (eds.): *La rabia y la idea*, Zaragoza, PU Zaragoza, 2016.

⁴ Sobre historia humanitaria de verdugos y víctimas, y la necesidad de otra historia, Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, PUV, Valencia 2009, pp. 12-13, y también, Nicholas STARDGARDT: *La guerra alemana*, Barcelona, GG, 2016, pp. 32-33. En cuanto a la *memoria*, ésta del poder y la dialéctica amigo/enemigo (antes que la *colectiva* de Halbwachs) la que viene imponiéndose, v. Jan ASSMANN: *Religión y memoria. Diez estudios*, Buenos Aires, Ed. Lilmod, 2008, entre otros trabajos suyos y de Aleida Assmann. A propósito, Matteo TOMASONI encabeza su libro con un significativo: *El caudillo olvidado*, Granada, Comares, 2017.

⁵ Una muy detallada relación sobre Weber y su “libro” en Francisco M. GIL VILLEGAS: *Max Weber y la guerra académica de los cien años: Historia de las ciencias sociales en el siglo XX. La polémica en torno a La ética protestante y el espíritu del capitalismo (1905-2012)*, México, FCE, 2013.

diciones historiográficas y un pensamiento más penetrante o perspicaz (así, la tradición francesa, italiana, española o rumana ...; o referencias al rexismo, francismo, franquismo, integralismo, falangismo, legionarismo, etc.). No era algo nuevo, ya lo había abordado en 2004 con algo así como «Por una gramática compartida» presentada en Barcelona, y en mis otros trabajos. Pero con Fal Conde se me hace acuciante releerlo⁶.

Resumidamente, podría decirse que en esos estudios sobre los treinta, convergieron ya en los 40s al menos tres conjuntos de factores (con las cautelas que cabe hacer a toda generalización). En primer lugar, la proximidad vivencial y emocional del espanto hacía que se requiriera de los historiadores —que ya tenían una relación conflictiva con la *memoria*—, antes juicios morales que análisis históricos. En segundo, el dominio que en el sistema moderno del saber y en las humanidades en general tenía el paradigma científico galileano según el ideal de la *scientia*. Y, finalmente, el impacto de una serie de influyentes estándares en la propia disciplina (teorías de la modernización, de la acción colectiva, de la demografía histórica, de la historia económica) e informes del Social Science Research Council estadounidense (1946, 1954 y 1963) que instaban a los historiadores a adoptar las herramientas de sociólogos y politólogos —conocimiento concebido como teoría—. Todos ellos convenían en impulsar un ideal de objetividad y universalidad del quehacer histórico, identificando conocimiento con *theoria* (o, en su ausencia, la neutralidad descriptiva)⁷.

Esta situación se modificó en los años 60s y 70s con un cambio bastante general en la «ecología del saber» (Clifford Geertz) que afectó también a la historiografía. Un movimiento convergente en EEUU y Europa desde la filosofía (Hans-Georg Gadamer, Joachim Ritter, Hannah Arendt, Hermann Lübbe, Karl-Otto Apel, T.S. Kuhn, Richard Rorty, y sus predecesores pragmatistas, Peirce, James o Dewey, el último Habermas), la ciencia política (Eric Voegelin, Arendt), la sociología (Niklas Luhmann, Peter L. Berger, ...), y, para lo que nos toca, la antropología (Karl Polanyi, Clifford Geertz, Víctor Turner...) y la historia (Ernst Kantorowicz, E.P. Thompson, Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis, Le Roy-Ladurie!, ...) que vinieron a rehabilitar en las humanidades un cierto saber *práctico* al modo en que lo concibiera Aristóteles: «un saber moral [que] debe comprender en la situación concreta qué es lo que ésta pide de él en general». Concreción, ponderando debidamente lo general. Fue lo que para nosotros constató Lawrence Stone en su famosa reseña de 1979 sobre una *nueva narrativa* en historia⁸. [Todo esto tiene una complejidad muy superior que a nadie escapa, pero que no puede contemplarse en este artículo.]

⁶ Jornada de Debat: franquisme i feixisme. Seminari Internacional Dictadures del Segle XX. Un estudi comparatiu entre Itàlia (1922-1945) i Espanya (1936-1957), Barcelona, octubre, 2004.

⁷ Para las cautelas frente a construcciones sinópticas, Richard RORTY: «Filósofos, novelistas y comparaciones interculturales: Heidegger, Kundera y Dickens», en Eliot DEUTSCH (ed.), *Cultura y modernidad. Perspectivas filosóficas en Oriente y Occidente*, Barcelona, Kairos, 2000 (1991), pp. 19-36. También, Siegfried KRACAUER: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010 (1969, 1995).

⁸ Para esto, Franco VOLPI: «Rehabilitación de la filosofía práctica y neo-aristotelismo», *Anuario Filosófico*, 32 (1999). Sobre cuestiones del saber teórico, el moral y el práctico, el trabajo germinal de Hans-Georg GADAMER: «La actualidad hermenéutica de Aristóteles», capítulo de *Verdad y Método*, Salaman-

Comprender, en la mejor tradición historiográfica, de Droysen a Weber y Bloch, *saberse*, un conocimiento que orientara el obrar. Un saber que se construye en la propia práctica investigadora sobre la que se proyectaba y de la que se nutre. Éstas eran las claves para un conocimiento ponderado, «prudente» (*phrónesis* aristotélica); un saber como parte del proceso de verificación; más apegado a la experiencia, pero también a una reflexividad *prudente*. Tan es así, que «las obras metodológicas significativas en historia y antropología —dice Geertz refiriéndose a *Los dos cuerpos del rey* de Kantorowicz, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson, etc. — tienden a ser al mismo tiempo obras empíricas importantes» huyendo de debates epistemológicos.

Más allá de una estupenda historiografía⁹, este modo de ver el conocimiento penetra muy lentamente los estudios que nos ocupan. Nunca ha decaído del todo la poderosa presencia de los Friedrich y Brezezinski, Abendroth, Organsky, Moore Jr., Marcus, y también Nolte o incluso Bracher, que fueron escuchados por la siguiente generación (Broszat, Mommsen, Hillgruber, Woolf, Zunino, hasta los Sternhell, Paxton, Milza o Gentile, e incluso, Eatwell o Griffin), y así, hasta hoy en cierta forma. A pesar de los grandes avances de conocimiento histórico, la teoría, la politología, la sociología y la reflexión genérica ha dominado sobre el saber práctico (véase p.ej. Emilio Gentile). Esto, sin menoscabo tampoco de su historiografía, sucede aún con más fuerza en España donde la dualidad cientismo-empirismo es aún más acentuada¹⁰.

No es difícil encontrar un contraejemplo. Véase, por significativo, el modo en que Bernard Bailyn, Gordon Wood, y luego la llamada escuela de Cambridge (Pollock, Skinner) abordaron una auténtica transformación en el modo de observar la Revolución americana, el origen de la sociedad estadounidenses y la historia de las ideas sin apenas cambios nominales: simplemente indagando en los hechos, rastreando su origen (en las disputas entre tiranía y libertad de la Antigüedad, en las rebeliones inglesas del XVII, en las nuevas corrientes religiosas, etc.) y trabando

ca, E. Sígueme, 2005 (1960), pp. 383-396 (la cita en p. 384). Influencia de la sociología en la historiografía, Geoff ELEY: *Una línea torcida: de la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia 2008 (2005), pp. 80-90. Historia-antropología, Clifford GEERTZ, *Reflexiones antropológicas sobre temas antropológicos*, Barcelona, Paidós, 2002 (2000), pp. 86-89 y Lawrence STONE: «The Revival of Narrative. Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. La politología y sociología de la época en España en Manuel PASTOR: *Ensayos sobre la dictadura (Bonapartismo y fascismo)*, Madrid, Túcar E., 1977.

⁹ Aquí la relación es memorable e ineludible: desde Franz Neumann y Tasca a Mark Mazower y Michael Thad Allen; George Mosse, Bracher, Mommsen, Tim Mason, Broszat, W.S. Allen, Peukert, Niethammer, Johnson y Reuband, Kershaw, Evans, Ulrich Herbert, Götz Aly por citar sólo los estudiosos del nazismo. Inevitablemente, De Felice y Emilio Gentile y Paxton y Eugen Weber. Y nuestros Payne, Preston, Tusell, etcétera.

¹⁰ La más reciente revisión, António COSTA PINTO (ed.): *Rethinking the Nature of Fascism. Comparative Perspectives*, Basingstoke-UK, Palgrave, 2011. El mismo António COSTA: *The Nature of Fascism Revisited*, Boulder CO, SSM-Columbia UP, 2012, ensayo una descripción sintética que tampoco resuelve el tema. Siempre ha habido trabajos que buscan salvar esa distancia; por reciente, Traian SANDU: *op. cit.* También los trabajos de Mark Mazower, etc. En España, arranque terminológicamente extremo (ver *Papers. Revista de sociología*, 8, 1978). Aún hoy, cierto equívoco entre historia de los *hechos* e historia de las ideas.

una historia mucho más rica y explicativa sobre el nuevo *ethos* que se generó. Términos como liberalismo, gobierno representativo o *check of balance* siguieron empleándose sin ningún inconveniente. Había, por lo demás, entrelazadas tanto una historia de las *ideas* como una historia de las *prácticas*. Un formidable cambio en el conocimiento sin distraerse en mezquinas batallas nominales¹¹.

Creo, con todo, que hoy estamos mejor equipados para abordar más sosegadamente aquel tiempo de los fascismos y los antifascismos. Dar nombre a las cosas sin remilgo ni afectación¹².

Y el modernismo hacia 1900. Reacción a la modernidad

En cierta manera, era necesario adentrarse en lo anterior para reducir al lenguaje ordinario propio de la historiografía (Croce) categorías como tradicionalismo, conservadurismo, franquismo, fascismo, etc., con una carga semántica excesiva¹³. Desmontar la trama de conceptos-lastre que rodean el estudio de aquel tiempo y pasar a hacer su historia en la que aparezcan Fal, Franco, José Antonio, Hitler, Degrelle, Codreanu, La Rocque y todas aquellas variopintas coaliciones que dieron origen a un efímero nuevo tiempo en Europa¹⁴.

Pues bien, muchos de los trabajos de historia arriba citados (Broszat, Mommsen, Mosse, De Felice, Emilio Gentile), en los que todos nos hemos inspirado, han dado paso, de un tiempo aquí, a un cierto *nuevo consenso* impulsado por los británicos Roger Eatwell y Roger Griffin sobre lo que sería un *fascismo genérico* del que en parte me valdré¹⁵. Sus estudios (especialmente

¹¹ Víctor MÉNDEZ BAIGES: «Estudio preliminar» a Bernard BAILYN: *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Madrid, Tecnos, 2012.

¹² Véase la naturalidad con que Michael SEIDMAN rotula su reciente libro como *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* (Madrid, Alianza, 2017).

¹³ Se trata de la claridad y exactitud a que aspira Croce para el lenguaje ordinario. Contra aquellas tentaciones, Siegfried KRACAUER: *op. cit.*

¹⁴ Toda la tradición que convergió en el franquismo: Guy HERMET, *Los católicos en la España franquista*, Madrid, CIS, 1985 (1980), 2 vols.; Raúl MORODO: *Los orígenes ideológicos del franquismo*, Madrid, Alianza E, 1985; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998; Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacional catolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza E., 1992; Stanley G. PAYNE: *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965, y Martin BLINKHORN: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Madrid, Crítica, 1979 (1975); y otras aún por estudiar (como la apologética católica española), véase A. GONZÁLEZ MONTES: «La apologética española entre 1850 y 1930», *Dialogo Eucarístico*, t. XXXII:103-114 (1997), pp. 251-275. Alfonso ÁLVAREZ BOLADO: «Guerra civil y universo religioso. Fenomenología de una implicación», *Miscelánea Comillas*, 7 entregas (1983-1995) (a completar con Botti y Di Febo). También, Antonio Elorza (1966), Javier Herrero (1971) y otros (Begoña Urigüen, Antonio Fernández, Josep María Margenat) que va de la teología a la apologética. No he podido trabajar Alfonso BOTTI: *España y la crisis modernista. Cultura, sociedad civil y religiosa entre los siglos XIX Y XX*, Cuenca, Centro de Estudios de C. la M., 2012 (1987). Creo que emplea el término *modernismo* en un sentido diferente al usado aquí.

¹⁵ Ver Roger EATWELL: *Fascism. A History*, Londres, Random House, 1995, y Roger GRIFFIN: *The Nature of Fascism*, Londres, Pinter P., 1991, y, del mismo, *Modernismo...*

Modernismo y fascismo de Griffin) son verdaderamente sugerentes —aunque tomado con cautela—. En cualquier caso, son muchos los enunciados interesantes y las ideas útiles en estos ensayos.

De Griffin tomaré —con la flexibilidad necesaria— su idea de *modernismo* como una «respuesta [...] atribulada y fluctuante a las condiciones de modernidad determinadas [o generadas] por un proceso particular de modernización» a principios del s. XX en Europa (que él toma de David Harvey). Algo que ya apuntaron Georg Simmel (dinero) o Max Weber (burocratización). El resultado serían situaciones represivas, enajenantes y deshumanizadoras —«jaulas de hierro» del capitalismo para Weber; «especialistas sin espíritu, hedonistas sin corazón», para Simmel—. El hecho cierto es que las ilusiones humanistas que la Ilustración había sembrado, aparecían hacia 1900, tras una industrialización desordenada, como crueles parodias de sí mismas. Los lazos humanos parecieron diluirse, colapsar las instituciones, se extendía un estado de angustia vital, de percepción de amenaza existencial que podría llevar al «extravío del hombre» (clima recogido por Karl Jaspers, *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, 1933—1931—). Griffin lo describe con detalle y estudia largamente. A él me remito¹⁶.

Si a la *sensación de final* (Kermode), añadimos una vocación ultranacionalista, la creencia en cierto potente mito nacional sostenido por la tradición del país (y un guía nacional), un antiliberalismo feroz, la defensa de un estado corporativo y la definición de una nación como una comunidad excluyente y propia en la que materializar ese nuevo orden del hombre *auténtico*, producen variadas corrientes ideológicas y coaliciones políticas que tuvieron algo de revolucionarias y algo de conservadoras en su trayectoria (Blinkhorn) y dieron lugar a varios estados que se tuvieron un tiempo (1920-1945) por el *nuevo orden* europeo¹⁷.

Aquel estado de desasosiego tuvo sus expresiones culturales en toda Europa: el *Sturm und Drang*, la Joven Alemania, el Expresionismo alemán, el noventayochismo español, el romanticismo inglés de Coleridge, la actitud de Baudelaire y Valéry, D'Annunzio y Marinetti, Friedrich Schlegel y el mismo Freud. Esto en el mundo de la cultura secular. También las iglesias —en especial, la católica— desarrolló sus “modernismos”. También los católicos romanos *ultramontanos* fueron convirtiéndose en focos de afirmación nacionalista. Apariciones marianas apocalípticas y peregrinaciones que se multiplicaban (París, a la monja Labouré; Marpingen, en Alemania; Lourdes; Fátima), la doctrina de la Inmaculada Concepción y la infalibilidad del Papa; *Syllabus Errorum* (1864) de Pío IX daban el pistoletazo de salida en la iglesia. Todo un “modo de estar” (Kracauer y Fusi) que, tras la Gran Guerra, dio el salto a la política y a la idea de la inminencia de un nuevo comienzo (el *Aufbruch* alemán, tan utilizado en Weimar). La necesidad de rehacer un «nuevo cielo protector», un dosel sagrado (Berger) para las gentes que se percibían a la intemperie. Colectividades frente al individualismo; sacrificio y crueldad; guerra si hiciera falta¹⁸.

¹⁶ Roger GRIFFIN: *Modernismo...*, p. 85. David HARVEY: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990, p. 119. WEBER: *op. cit.*; Georg SIMMEL: *Filosofía del dinero*, Madrid, IEP, 1976 (1900); Frank KERMODE: *Il senso della fine. Studi sulla teoria del romanzo*, Milán, Rizzoli, 1972 (1966).

¹⁷ Martin BLINKHORN: *Fascists and Conservatives*, Londres, Unwin Hyman, 1990

¹⁸ Siegfried KRACAUER: *De Caligari a Hitler*, Buenos Aires, Paidós, 1985 (1947) y Juan Pablo FUSI: *Manual de historia Universal. 8. Edad Contemporánea, 1898-1939*, Madrid, Historia 16, 1997; Rafael GUTIÉ-

También en España —al margen, las acertadas observaciones de Enrique Moradiellos—, Ferrán Gallego ha logrado situar el debate sobre los orígenes del franquismo en el ámbito europeo (en cierta manera le precedía Ismael Saz). Una dirección que ya apuntara Javier Tusell, pero que fue formulada con la gramática clara del historiador por Carmen Molinero y Pere Ysàs ya en 1992 (y cuyo libro de 2008 es probablemente el más reflexivo y acertado estudio del franquismo), seguidos en sus trabajos por Joan Maria Thomàs¹⁹.

Dice Frank-Lothar Krol, que «el nazismo... era una alianza amplia de proyectos diferentes, a veces incluso contradictorios, para la regeneración de Alemania...». Ocurre otro tanto con el fascismo italiano (a pesar de Sternhell)²⁰. Ni tan siquiera la cultura *Völkisch* —con ser ésta ya abigarrada— fue el único nutriente del estado nazi. La cultura politizada de los católicos del sur alemán y Austria, los *Deutsche Christen*, la *Konservative Revolution*, las propuestas jurídicas de Carl Schmitt, el racionalismo iluminado de Speer, del italiano Adalberto Libera frente al movimiento *strapaese* (tradicionalista y también fascista), o a Speer frente a la arquitectura costumbrista de Paul Schultze-Naumburg (impulsor de la exposición de “arte degenerado”), y las aportaciones de Martin Heidegger sobre organización de la universidad y del conocimiento, etc. convergieron para dar forma al estado nazi “real”. Y al historiador corresponde contarlos; no dar “carné de nazi” a éste o aquél²¹.

RREZ GIRARDOT: *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983, pp. 17, 33-40; Peter BERGER: *El dosel sagrado*, Barcelona, Kairos, 1999; Diarmaid MCCULLOCH: «Catolicismo rampante: el triunfo de María y el reto del liberalismo», en *Historia de la Cristiandad*, Madrid, Random House Mondadori, 2011 (2009), pp. 871-888.

¹⁹ Ferrán GALLEGO: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014; Enrique MORADIELLOS: «Evangelios fascistas», *Revista de Libros*, Segunda época, (2014); Ismael SAZ: *España contra España: los nacionalismos franquistas*, Madrid, MP, 2003; Javier TUSELL: *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza E., 1988; Carmen MOLINERO y Pere YSÀS: *El régimen franquista. Feixisme, modernització i consens*, Barcelona, Eumo E., 1992, y *La anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008. Un estado de las cosas reciente en Zira BOX y Julián SANZ HOYA: «Introducción» a «Repensar el fascismo español: nuevos enfoques y perspectivas», en Damián A. GONZÁLEZ MADRID, Manuel ORTIZ HERAS y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN (eds.): *La Historia, lost in translation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Cuenca, EU Castilla-La Mancha, 2017, pp. 3465-3472.

²⁰ Roger GRIFFIN: *Modernismo y...*, p.377, pero basta ver Mosse, Kershaw, etc. Para Italia, Walter L. ADAMSON: *Avant-Garde Florence. From Modernism to Fascism*, Massachusetts-Londres, Harvard UP, 1993, Philip MORGAN: *Italian Fascism, 1915-1945*, Nueva York, Palgrave, 2003 (1995) y Claudio FOGU: *The Historic Imaginary: Politics of History in Fascist Italy*, Toronto-Londres, U. Toronto P., 2003.

²¹ Robert Anthony KRIEG, *Catholic Theologians in Nazi Germany*, Nueva York-Londres, Continuum, 2004; Anthony PHELAN: *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la república de Weimar*, Valencia, PUV, 1990; Alfred DIAMANT: *Austrian Catholics and the First Republic: democracy, capitalism, and the social order, 1918-1934*, Princeton UP, 1960; Joseph W. BENDERSKY: *Carl Schmitt. Teorico del Reich*, Bolonia, Il Mulino, 1989 (1983); Tom ROCKMORE and Joseph MARGOLIS: *The Heidegger Case. On Philosophy and Politics*, Filadelfia, Temple UP, 1992. Sobre Mies, Tim DYCKHOFF, *cit.* en Roger GRIFFIN: *Modernismo ...* p. 50.

Si esto ocurre con el nazismo o el fascismo, ¿qué decir de España y el franquismo? Más homogénea por una larga tradición de ultra-nacionalismo católico, era sin embargo de una gran diversidad en cuanto a sus visiones del mundo y cuerpo de ideas, imposibles de comprender desde el mero falangismo y aledaños, como hoy tiende a hacerse. ¿Qué podía conciliar la visión de las cosas de aquel magma levantado contra la República? Apenas nada que no fuera un radical nacionalismo (católico); convencidos —algunos, *los modernistas*— de que realmente la vida comenzaría tras guerra (tras la Victoria en la Cruzada de Liberación, la Victoria Final—de la *Endsieg* nazi). Ése es el momento histórico concreto, el contexto histórico, en el que nos centramos aquí²².

Modernidad y modernismo. Dos términos que se prestan a confusión. Una época contra la que se alza una corriente social y de pensar y sentir. La modernidad, frente a la que se alza el modernismo. Ésos son los términos del dilema.

Fal

Fal Conde fue un tradicionalista que creció en ese clima *fin-de-siècle* de melancolía y exarbabación de los ideales como el visto. Fue líder desde 1934 de la Comunión Tradicionalista, de los carlistas. ¿Fue también un líder *modernista*?

Fal era tradicionalista, no hay duda. Pero hubo muchos tradicionalistas explícitos hacia 1900. Lo eran —o enraizaban su pensamiento en él— Luis Lucia, Calvo Sotelo, el conde de Rodezno, Gil Robles, Herrera Oria, el cardenal Segura y Fal Conde. Lo eran, pero sus prácticas políticas y trayectorias difirieron. El primero practicó tradicionalismo evolucionado hacia la democracia cristiana (al modo de Sturzo o De Gasperi) y en 1936 se puso del lado de la República. Al segundo, lo asesinaron, pero podía emparentar con los *Konservativrevolutionärer* alemanes. Rodezno era manifiesta y explícitamente conservador, «comodón, abúlico y figurón», para Tomás Echeverría. Gil Robles y Herrera Oria coincidieron, durante la República, pero divergieron tras 1943. El cardenal Segura compartió conspiración con Fal Conde —y ciudad tras la guerra—, pero su afán único era restablecer la primacía absoluta de la Iglesia, era un *clerical* según una ecle-siología con raíces en el XVIII. Hasta José Antonio se proclamaba tradicionalista en cuanto que los *falangistas*, del mismo modo que «el fascismo e[ra] “esencialmente tradicionalista”»²³. Eran

²² Ha sido la visión de Tusell, Julián Casanova, etc. (no tanto de Paul Preston). Una diversidad que refleja Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas (1931-1936)», *Pasado y Memoria*, 2 (2003). Hoy parece volver esta visión de múltiples subculturas; cf. Ramiro TRULLÉN: *España trastornada. La identidad y el discurso contrarrevolucionario durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Madrid, Akal, 2016. Sobre el Alemania, STARDGARDT: *op. cit.*, p. 51.

²³ Para Fal, el tradicionalismo de Rodezno era «escéptico», mientras que el suyo estaba «lleno de fe en la salvación y regeneración de la Patria» («Última entrevista con Fal Conde» por Josep Carles CLEMENTE: *Tiempo de Historia* 39, 1978, p. 18). Sobre el conde (del Burgo cree que practicó el «más puro quietismo conservador»), Fernando MENDIOLA, *et al.*: *Conde de Rodezno: la justicia al revés*, Pamplona, Autobús de la Memoria, 2010 (cit. de del Burgo, p. 68), y Tomás ECHEVERRÍA: *El Pacto de Territet, Alfonso XIII y los carlistas*, Madrid, Rubiños, 1973, p. 38. Sobre Luis Lucia, Vicent COMES: *En el filo de la navaja. Bio-*

tradicionalistas, pero su tradicionalismo les llevó a situaciones muy diferentes en relación con el primer franquismo. Los hechos desmienten, en ocasiones, otros parentescos ideológicos —como advierte Marc Angenot en el caso de Vichy—²⁴.

¿Y el de Fal Conde? ¿Cómo fue el tradicionalismo de Fal Conde? De los mencionados, compartió partido con Rodezno, pero no creencias. Y proyectos, con el cardenal, pero no, objetivos últimos. Con el resto, nada compartió en apariencia. En cambio, José Antonio decía de ellos, de los carlistas de Fal: «Hay un grupo, que es el tradicionalista, que tiene positiva savia española y una tradición guerrera auténtica», lo que le acercaba al falangismo. Y, ya en 1963, en Montejurra, el joseantoniano Blas Piñar emocionaba a Manuel Fal Conde que escribía del falangista: «pensar así, sentir así, y expresarse así, es ser carlista»²⁵. Fal Conde combatió toda su vida lo que él llamaba el “totalitarismo” de la Falange. Sin embargo, ¿qué era eso que vinculaba a Fal y José Antonio?

Cuando Mola piensa en unas milicias que puedan acompañar una intentona militar, piensa en carlistas y falangistas, en ese orden y sin dudarlos. Sólo podía contar con ellos y debió hacerlo (tras la experiencia primorriverista y la sanjurjada). Fal y José Antonio, ambos, supieron que el Ejército debía insertarse en su proyecto. Aquel nuevo régimen debía mirarse en Europa (decía el escéptico y racionalista Mola) y ser soportado por una idea regeneradora. ¿Era este papel e ideal lo que compartieron Fal y José Antonio? El escritor Peter Ryley en un comentario a *Against the Modern World*, de Mark Sedgwick dice: «las utopías más seductoras y represivas no son las que ofrecen una audaz visión de un futuro rehecho, sino las que buscan imponer un pasado ficticio sobre un presente reticente». Tal vez²⁶.

Fal nació en Higuera, Huelva, como Manuel José a fines del XIX, en la Sierra de Aracena. Su padre, Juan Fal, pasaba consulta como médico (oculista) y era un pequeño industrial del corcho. Fue alcalde de la localidad.

Pepe (de Manuel José) y sus hermanos cursaron estudios en un colegio de los Jesuitas en Villafranca de los Barros, Badajoz. Marchó a estudiar Derecho a Sevilla; y de allí, a Madrid, donde se doctoró en 1917²⁷. Al año siguiente, con 24 años, se colegiaba en la capital andaluza. Com-

grafía política de Luis Lucía Lucía (1888-1943), Madrid 2002. Calvo Sotelo y Herrera Oria, Julio GIL PECHARROMÁN: *Conservadores subversivos: la derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, EUDEMA, 1994. El cardenal Segura, Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ, *Los papeles perdidos del Cardenal Segura, 1880-1957*, Pamplona, EUNSA, 2004, véase p.ej. los motivos de su enfrentamiento con Franco en 1953 en p. 734-735. José Antonio PRIMO: «Al volver», *La Nación*, 23 de octubre de 1933 (en *OO.CC.*).

²⁴ cf. Marc ANGENOT: «L'immunité de la France envers le fascisme: un demi-siècle de polémiques historiques», *Études françaises*, 47 :1 (2011), pp. 15-42.

²⁵ Declaraciones de José Antonio en *Ahora*, 16 de febrero 1934 (*OO.CC.*). Recogido por Blas PIÑAR LÓPEZ *La pura verdad*, Madrid, Fuerza Nueva, 2002, pp. 75-76 (cit. en http://www.wikivisually.com/lang-es/wiki/Blas_Piñar).

²⁶ Primo y Sanjurjo, en Raúl MORODO: *op. cit.* Peter RYLEY: Reseña en *Democratiya* 7, 2006, p. 138, *An against the Modern World*, de Mark Sedgwick.

²⁷ Son VILLARÍN Y WILLY [Joaquín Valdés y Guillermo Poole]: *El Secretario de S.M.*, Sevilla, E. Católica Española, 1975 (versión reducida de la de 1935) quienes dan la fecha de 1917. Sin embargo, según WorldCat, <http://www.worldcat.org/>, hay un registro de 1919, Manuel Fal Conde, *Introducción doctrinal a*

paginaba este trabajo con clases de Derecho Procesal en la Universidad de Sevilla, y de historia en el Colegio de Villasís de los PP. Jesuitas. En Villafranca había entrado en contacto con el Padre de la Torre y con el conocido apologeta Gabino Márquez, autor de numerosos trabajos de derecho y filosofía (de matriz germánica). El padre Gabino era un activo agitador (el historiador Jesús Pabón, diputado de la CEDA, siendo alumno de jesuitas en Puerto, tomaba parte en uno de sus mítines católicos), cursillista, divulgador del catecismo (*Explicación literal del catecismo Ripalda*, 1928) y colaborador del cardenal Gomá tras 1936. Fal mantuvo ese contacto personal, con numerosas confidencias y consultas intelectuales, hasta su fallecimiento en 1954. El mundo de los apologetas católicos que estaba íntimamente asociados a la actividad política (como sucedía en Austria o en sur de Alemania)²⁸.

Ya durante el bachillerato en Villafranca acudió a una Academia de Apologética del padre Márquez. Y en quinto curso, disertaba ya sobre ello. En Villafranca conoció también —y admiró— a Manuel Senante, otra lealtad de vida e importantísima para Fal.

Los colegios jesuitas por su parte, siguiendo las propuestas pedagógicas de los padres Venancio Minteguiaga y Pablo Villada, habituales de *Razón y Fe*, se ocupaban de la preparación de una nueva élite católica española (como después la ACNP y el Opus Dei) por la vía de la profesionalización y la práctica sistemática de ejercicios espirituales. Buscaban el activismo social del católico militante. «Que quieren que vayamos al circo —por la política callejera— como cuando los Romanos, iremos» decía el estudiante de derecho, luego diputado por CEDA y del entorno formativo de Fal, José Luis Illanes, en un mitin en 1912. Así es como se emparentaban con Acción Católica y con los Propagandistas (ANJP, luego ACNP), fundada precisamente por el padre Ángel Ayala, SJ. Coligaban íntimamente la religión y la actividad política (para que las «iglesias no se conviertan en cenizas»). «Los jesuitas se constituye(ro)n —dice José Antonio Zamora— en extraordinarios agentes de movilización, influyendo en la sociedad a través de sus alumnos, gracias a la eficacia del método pedagógico»²⁹.

Y, entre ellos, Pepe Fal Conde. Ésta fue la formación y la disposición vital con la que Fal Conde comenzó su actividad en Sevilla.

un estudio sobre los procedimientos Canónicos y Civiles en sus conflictos jurisdiccionales, Tesis doctoral inédita de la Universidad de Madrid, Facultad de Derecho, leída en 1919.

²⁸ Abúndate correspondencia de Fal Conde con el padre Gabino Márquez en AFC. Por lo demás, VILLARÍN Y WILLY, *op. cit.* (completada aquí con *In Memoriam. Manuel Fal Conde*, Sevilla, E. Católica Española, 1978, basada en el anterior libro), pp. 9-12; sobre Márquez, Gonzalo DÍAZ DÍAZ: *Hombres documentos de la filosofía española. M-N-Ñ*, tomo V, Madrid, CSIC, 1995, pp. 216-217; Bernardo RODRÍGUEZ CAPARRINI: «Jesús Pabón, historiador», *Diario de Cádiz* 02 de julio de 2012; Jesús PABÓN: «Del Deán López Cepero: Apunte autógrafa y autobiográfico», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXI:3 (1974); José ANDRÉS-GALLEGO y Antón M. PAZOS (eds.): *Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil*, Madrid, CSIC, 2002-2009, 12 vols., *passim*.

²⁹ José Antonio ZAMORA: «Educación jesuita para la excelencia y el liderazgo. una experiencia concreta (1864-1924)», *Aula de Encuentro* XVII-16, vol. 1; la cita en la p. 159. También, Enrique LULL MARTI: *Jesuitas y pedagogía*, Madrid, UPCO, 1997, y Bernardo RODRÍGUEZ CAPARRINI: «El colegio de San Luis Gonzaga de la Compañía de Jesús en El Puerto de Santa María: Un recorrido histórico-literario (1875-1924)», *Pliegos de la Academia*, 10 (2006).

Al llegar a Sevilla, a la Facultad de Derecho, Fal se relacionó con el pensador carlista Manuel Sánchez de Castro, abogado y catedrático de Historia y Derecho Procesal de la Universidad sevillana. Él fue uno de los fundadores de la Liga Católica de Sevilla en la que se inscribiría gran número de profesores y alumnos de la Facultad. Entre los estudiantes fue impulsada la Asociación Escolar Sevillana (1912), que en 1914 la presidía ya Manuel Fal Conde. Publicarían la revista *Alma Mater*, en la que colaboraron el profesor de Derecho Canónico José M^a Campos y alumnos como Benito Pabón, hermano del historiador Jesús, Manuel Beca Mateos y Manuel Giménez Fernández —estos dos, futuros cedistas—. Giménez Fernández sería concejal en 1922 con su amigo José Luis Illanes del Río. Luego llegaría al parlamento —con Jesús Pabón—. En el Colegio Villasís estudió buena parte de los jóvenes de la élite sevillana. Fue, como buena parte los jóvenes de su círculo, miembro de los Luises, impartió clases en el Patronato para Obreros, obra de los jesuitas y fue miembro de la Hermandad de la Sagrada Familia —lo que le permitía un trato frecuente y fluido con la jerarquía eclesiástica y el cardenal Illundáin, y luego con Segura—. Su actividad se multiplicó. En 1924, en compañía de su primo Rafael Lancha Fal, del andalucista José Andrés Vázquez, el médico de Alájar y otras personalidades (y el patrocinio de los Marqueses de Aracena) idearon y promovieron la Romería de la Peña de la Reina de los Ángeles. Continuó colaborando en distintas obras apostólicas, dirigió el Patronato para Obreros. Colaboró intensamente con los Padres Franciscanos, con quienes mantendría una estrecha y larga relación, con las Hermanas de la Cruz en la que adquirió Carta de Hermandad, etc.

Profesionalmente, además de un negocio de automóviles en un principio, sus clases de derecho en la Universidad y el Colegio Villasís, comenzó a trabajar en el bufete de Enrique Porras como pasante en 1918, conocido abogado sevillano. Y a su muerte, abrió su propio bufete en la calle José Gestoso, 22, junto al domicilio de su primo, Rafael Fal. La familia, siempre la familia.

... prolongación de la religión por otros medios

Contra lo que suele decirse (que Fal, llamado por Manuel Senante, asoma a la política *tan sólo* con la República), la estructura de pensamiento y la personalidad política Manuel Fal ya se había formado, como se ve por lo dicho, antes incluso de la Dictadura de Primo.

La política para aquellos jóvenes, en un mundo que se secularizaba, era la prolongación de la religión por otros medios³⁰. Se aferraban a la seductora utopía de un pasado ficticio, ultracatólico y armonioso, que no era recuperación de un pasado más bien prosaico, sino realización de un ideal intuido.

Hombres cabales, de ideales, de muy arraigadas creencias (Dios y España) como era Fal, parte del público llamado «selecto», vivían esa experiencia como una perentoria demanda de acción. Cuando Fal aceptó el ingreso en el partido (la refundación de la Comunión Integrista-

³⁰ En 1919 Fal Conde solicitaba su ingreso en Compañía de Jesús (Leandro ÁLVAREZ REY: *La Derecha en la II República: Sevilla, 1931-1936*, Sevilla, SPU Sevilla, SP E. Ay. de Sevilla, 1993, p. 135-136). Sin embargo, no lo hace. Pero su apostolado no cambió.

Tradicionalista en 1930), lo hacía para prolongar sus profundas convicciones amenazadas por la modernidad republicana³¹.

Habían sido jóvenes formados en lecturas religiosas, apocalípticas de mística y de historia de España. Jaime Balmes era lectura obligada —quizá *El Criterio* (1845), y, para los muy iniciados, el *Curso de Filosofía elemental* (1849)—. Sobre Balmes precisamente se celebró un Congreso en Vich con motivo del centenario de su nacimiento, 1910, que fue publicado en dos tomos—. Las lecturas se ampliaban con autores como Joaquín Roca i Cornet (1804-1873), Juan Donoso Cortés (1809-1853), por descontado, Ceferino González (1831-1894), Joaquín Rubió y Ors (1817-1899), José María Quadrado (1819-1896), Antonio Aparisi y Guijarro (1815-1872), José Selgas (1822-1882), Juan Manuel Ortí y Lara (1826-1904), Francisco Javier Caminero (1830-1885), Ramiro Fernández Valbuena (1848-1922), el constantemente citado Juan Vázquez Mella (1861-1928), y otros coetáneos de ellos: Zacarías García Villada (1879-1936), jesuita, eminente medievalista (paseado luego, en 1936, en la carretera de Vicálvaro), Manuel Suirot (1872-1940), Constantino Bayle (1882-1953), Ramiro de Maeztu (1874-1936; también paseado) y su *Defensa de la Hispanidad*, Graciano Martínez (1869-1925), Francisco Marín Sola (1873-1932), Ángel Amor Ruibal (1869-1930), o revistas como *Razón y Fe*, *Ciencia Tomista*, *El Mensajero*, *La Ciudad de Dios*, etc. Los recoge en un breviario apasionado dirigido a los jóvenes de Acción Católica el padre Rafael García García de Castro (1895-1974), catedrático de Derecho Natural y de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas, y, desde 1926 en Granada, donde fue uno de los fundadores del periódico *Ideal* (1932). El padre García de Castro presentaba a este grupo de escritores en 1935 como los auténticos defensores de España. Compartía especialmente la opinión de Manuel Bueno (periodista de *ABC* de Madrid) que consideraba que «caminan en la vanguardia del saber [científico, y] ... recogen con avidez todas las palpitaciones del pensamiento contemporáneo». Terminaba su alegato animando a los jóvenes a tomar parte en la empresa titánica de la recreación de la España católica. «La juventud estudiantil se equivocaría de todo en todo —decía—, si se detuviese en las cisternas rotas y pedregosas [del intelectualismo laico] y no acudiese a la roca viva donde salta bullente y espumoso el raudal de la verdad»³².

Esa visión actualizada por el positivismo era la que había catalizado Marcelino Menéndez Pelayo —también en García de Castro— por ser el más influyente de los escritores del grupo. Y de él, su *Historia de los heterodoxos españoles* (de la que Jorge Vigón editó un breviario con el título de *Historia de España*), donde se establecía la que iba a ser historia canónica de España

³¹ Puede seguirse en Leandro ÁLVAREZ REY: (*La Derecha en ...*, p. 134-135). Sobre la pretendida influencia del cardenal Segura en Fal, Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ: «El jacobinismo antirrepublicano de Manuel Fal Conde y del cardenal Segura», en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA GARCIA (dir.): *Nuevos estudios sobre la Cultura Política en la II República Española 1931-1936*, Madrid, E. Dykinson, 2012. No fue así: Fal se había movilizado ya y su contacto era Senante. Ver también Julio de la CUEVA MERINO, «Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923», *Historia y política*, 3 (2000), catolicismo militante esos años, aunque no desde la perspectiva del modernismo sino desde la defensa del universo eclesiástico y del antiliberalismo.

³² Rafael G. GARCÍA DE CASTRO: *Los apologistas españoles, 1830-1930*, Madrid. Ediciones FAX, 1935; cit. en pp. 8 y 235-236.

durante todo el franquismo: cristianizada por Santiago ya en el siglo I, etc., que no repetiré aquí por conocida. Él era quien, apelando a San Agustín, al Siglo de Oro español y a Jacques-Bénigne Bossuet, defendía la *ley moral* de la historia: el «*pecado original* como fuente del desorden en el universo... y el *pecado social* como explicación del menoscabo y ruina de los Estados», castigo divino —como sostenían los autores del XVII español— que debía ser purgado. «¿Qué se deduce de esta historia?» se preguntaba en el «Epílogo» a su obra. «Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación... Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime, sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones, sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social... Esta unidad se la dio a España el cristianismo». Marcelino, roca firme y viva del patriotismo, advertía sobre las causas de la catástrofe revolucionaria y la decadencia de la modernidad (irreligión y ausencia de tradición; blasfemia y ateísmo). Sugería volver, como los teutones y los italianos, al nervio de la nación para su *renacimiento*. Ahí había un ideal de nación que seducía fuertemente a aquellas generaciones. «¡Dichosa edad aquélla, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera...» a lo que Vigón, en aquellos tiempos beligerantes de la República, añadió un pasaje obtenido de los *Ensayos de crítica filosófica*, un contexto muy diferente: «Un rayo de luz ha brillado en medio de estas tinieblas, y los más próximos al desaliento hemos sentido renacer nuestros bríos...». Ante un presente desgarrado por la blasfemia, el ateísmo y la secularización, el pasado aparecía como «lo firme y conocido». Lecturas melancólicas, tristes, de dudas y llanto como *Pepita Jiménez* de Juan Valera (1877); la pesadumbre y los remordimientos del jesuita Julio Alarcón Meléndez (1865). O el crucifijo, *símbolo de nuestra Redención*, arrastrado por los estudiantes en L'École Polytechnique de Paris de su *La Europa salvaje: exploraciones al interior de la misma* (1894). Las mezquindades de *Pequeñeces* (Luis Coloma, 1891), un mundo sórdido que se resquebrajaba, el pasado, así narrado por Menéndez Pelayo, animado por un exacerbado nacionalismo recorrido por el nervio de vida, se convirtió en una renovada y poderosa esperanza, que tentó vigorosamente con la promesa de un cálido y seguro porvenir: la nueva España católica³³.

Menéndez Pelayo, receptor privilegiado de la tradición católica europea, de esmerada formación clásica y un nacionalismo por momentos iracundo; con un estilo directo, erudito a veces, pero brusco y explícito en otras, entusiasmaba a aquellos jóvenes católicos inconformistas del momento... De ahí la edición reducida y divulgativa, para el consumo masivo hecha por el miembro *Acción Española* y capitán en la reserva, Jorge Vigón³⁴.

³³ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 tomos, Madrid, E. Católica, 1978 (1880-1882), *cit.* Tomo III, pp. 1036-1038; «Ensayos de crítica filosófica», *Primer Congreso Católico*. Madrid Tipografía de los Huérfanos, 1889; *Historia de España. Seleccionada en la obra del Maestro*. «Prólogo» y composición, Jorge VIGÓN, Madrid, Gráfica Universal, 1934, p. 358.

³⁴ Véase la crudeza con que relata el asesinato en 1822 de 16 jesuitas: MENÉNDEZ PELAYO: *op. cit.* pp. (2809-2810). V. Marta M. CAMPOMAR: *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los hetero-*

El confidente de Fal, padre Gabino Márquez, sostenía que, si los republicanos ganaban, «los diputados serán malos y las leyes perversas; y de gobiernos creados y sostenidos por tales mayorías no se puede racionalmente esperar que procuren el bien de España, ni mucho menos el de la Iglesia.» Iglesia y España eran los bienes superiores, trascendentes que debían preservarse de la amenaza diabólica de los tiempos. Era lo que repetía machaconamente la apologética: ni del bien común ni de las condiciones de vida o la perfección de las gentes tomaba derecho (*Ius suum*) la comunidad política; su legitimidad provenía tan sólo de Dios y de la Patria (una propuesta bien alejada de la trinitaria de San Agustín, el sacerdote como *quirit* romano ... lo que más adelante enfrentaría a los carlistas con falangistas y con Franco). El padre Gabino soportaba su discurso con citas de autoridad de la apologética austríaca, italiana y de los jesuitas (Hieronimus Noldin, Pablo Villada, Edward Génicot, Gennaro Buceroni, August Lehmkuhl). Más explícito, el padre Aniceto de Castro Albarrán, sostenía en 1934 que la «resistencia a la tiranía ... puede ser ... virtud cristiana. [Y]... que la legítima rebeldía es virtud española... La historia española es una perpetua guerra de *independencia*. [El padre Frederick William] Fáber nos ha llamado «*el país de la eterna cruzada*». Cruzada religiosa y cruzada, al mismo tiempo, civil y política». Se discute cuándo comenzó a emplearse la palabra «cruzada» para la guerra española: el término estaba en el ambiente en los años de la República³⁵.

Aunque, ya en abril de 1932, tras una conferencia en Valencia, antes de la Sanjurjada, por tanto, Manuel Senante, padrino político y amigo de Fal Conde, había publicado un denso opúsculo «sobre la licitud de la resistencia a los poderes ilegítimos y de hecho». En la conferencia sostuvo el programa pleno que el carlismo de Fal Conde trató de llevar adelante hasta que estalló la Guerra (y aún en ella). Decía: «y como los momentos actuales son de gravedad extraordinaria... más que nunca hace falta que vayamos a aquel campo desde el cual únicamente se puede lograr la restauración de España, porque si no actuamos intensamente, diariamente, valerosamente, heroicamente si es preciso, en política, no repararemos estos males, ... (Muy bien. Aplausos.) Y, claro está, a esa política, a la cual invito a todos, hemos de ir con gran desinterés, con espíritu de sacrificio, porque si alguno piensa ir a ella a buscar lucimientos personales o el medro de sus propósitos... que no venga: ese no es digno de venir con nosotros. (Grandes aplausos.) ... El partido tradicionalista, en verdad, no es un partido, porque si nosotros llegáramos a triunfar, ... procuraremos que España sea una nación sin partidos de ninguna clase, unidos todos por el mismo amor, por el mismo deseo, por los mismos propósitos y por los mismos ideales. (Muy bien. Aplausos.) Pero para llegar a esto es preciso actuar con una gran organización ... Y pregunto: ¿Cómo es más práctico actuar en política? ¿Fortaleciendo este gran partido nuestro, que es el partido de la tradición, ..., o constituyendo esos conglomerados, esas agrupaciones, esas coaliciones a las que van gentes de todas procedencias...?» Aquel tipo de mensaje venía emitiendo abiertamente Senante

doxos españoles, Santander, Asociación MP, 1983. Antonio SANTOVEÑA, *Menéndez Pelayo y las derechas españolas*, Santander, Ayuntamiento, 1994.

³⁵ Ver lo dicho en la nota 12. Padre Gabino MÁRQUEZ, S.J.: *Errores modernos. Expuestos y refutados*, Jerez, 1917, pp. 103-111. Las alusiones a la *cruzada* en A[niceto] de CASTRO ALBARRÁN: *El derecho a la rebeldía*, Madrid, Gráfica Universal, 1934, p. 423.

desde la instauración de la República (p.ej. en diciembre de 1931 en conferencia dada en Lérida). Recuperar España, esa gran comunidad católica unida por lazos de amor (en la ciencia política católica desde el XVII prevaleció ese componente frente al amor *más temor* maquiavélicos) donde desaparecerán los males que hoy nos acechan. Y hacerlo a través de la Comunión, que no es tanto un partido como el embrión de la sociedad hermanada futura; hacerlo con esfuerzo, sacrificio, hasta con un sacrificio heroico, pues ese es el camino para reconciliarse con Dios. No con “esas coaliciones” como CEDA, pues estimaba desubicado y anacrónico apelar a la Carta-Encíclica papal enviada a los obispos franceses en febrero de 1892 («¿Pero el Papa habló a España? No; a Francia. ¿Y cuándo? ¿Ahora? No. El año 1892, hace cuarenta años») recomendándoles una política de *ralliement* (de la que Herrera Oria y CEDA derivaban su *accidentalismo*). Senante, con una cabriola retórica, apelaba a los doctores del XIII y el XVI, al *Mirari Vos* (1832) y al *Syllabus* (1864). La conferencia terminaba entre grandes aplausos. Todo se “compraba” por parte de un público airado y envalentonado³⁶.

Habría que reconstruir más detalladamente los contornos del pensamiento e imágenes en que se formaron aquellos jóvenes inmersos en una Cultura del Pesimismo (*Kultur pessimismus* decían los germanos), la del catolicismo militante, revistas como *La Avalancha*, *Luz Católica*, *Idearium*, *Razón y Fe*, *Las Damas Catequistas y sus Centros Obreros* y tantas otras, o libros como *El hebreo de Verona*, *El Solitario del Monte Carmelo, episodio de los primeros tiempos del Cristianismo* para entender el modo en que reaccionaban ante un mundo que surgía amenazante ante ellos (como lo han hecho Marta Campomar y Antonio Santoveña, y en el que incursionó tentativamente Alfonso Botti; o lo vienen haciendo historiadores austríacos y alemanes con su pasado religioso; o los alemanes con su propia tradición, su *Völkisch*, los rumanos con los *haiduci*, o italianos, sus *avanguardie*). Habría que hacerlo, para recomponer otro de los arroyos que desembocaron en el sincretismo ideológico del régimen autoritario español³⁷.

Fal, hombre sobrio, formado y de carácter, observaba con gran quebranto (nada fingido) lo que él estimaba era la tremenda degradación de la sociedad surgida a raíz de la secularización del XIX. Dondequiera que mirara, solo veía corrupción de costumbres, blasfemia y laicismo perturbador, en lugar de cualquier “resurrección” purificadora con la que había fantaseado para Es-

³⁶ Manuel SENANTE: *Verdadera doctrina sobre acatamiento, obediencia y adhesión a los poderes constituidos, y sobre la ilicitud de la resistencia a los poderes ilegítimos y de hecho La política tradicionalista*, Madrid, Imprenta de José Murillo, 1932; la cita en las pp. 9-11; *El Siglo Futuro*, 23 de diciembre de 1931 (primera plana); «La presunta obligación de adherirse al Poder constituido», en *El Tradicionalismo Español: Su ideario, su historia, sus hombres*, San Sebastián, Ed. Católica Guipuzcoana, 1934.

³⁷ Marta M. CAMPOMAR: *op. cit.*; Antonio SANTOVEÑA, *op. cit.*; Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero*, y «Algo más sobre el nacionalcatolicismo», en Julio de la CUEVA MERINO, Ángel Luis LÓPEZ VILLAVARDE (coord.), *Clericalismo y asociacionismo católico en España, de la Restauración a la Transición*, Cuenca, EU Castilla-La Mancha, 2005, pp. 195-211. George L. MOSSE: *The crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1970 (1966), especialmente, la I Parte, «The Ideological Foundations», pp. 13-145. Jost HERMAND: *Old Dreams of a New Reich: Volkish Utopias and National Socialism*, Indiana UP, 1992. Walter L. ADAMSON: *Avant-Garde ... Cristian SANDACHE: Doctrina național-creștină în România*, Bucarest, Paideia Științe, 1997 (cit. in SANDU: *Un fascisme roumain...*).

pañía en su juventud de activista en la Sevilla universitaria. Así, en el primer número de *El Observador* (nueva época en Sevilla; periódico que editaría él mismo como veremos) escribía: «Cuando se están riñendo *las más duras batallas* contra la Religión y la paz social, atacada la Iglesia en su sagrada independencia combatidos sus imprescindibles derechos, negada la inmunidad de los obispos, aparece EL OBSERVADOR pidiendo un puesto de filas y en vanguardia de los *aguerridos ejércitos de la Cruz*... Nacidos en el fragor de las *contiendas*, sólo aspiramos a permanecer en ellas firmes en la defensa de la Religión y de la Patria...». Era junio de 1931, la República que anunciaba calamidades, se había instalado en abril, y en mayo se habían producido las quemas de iglesias que confirmaban los malos presagios. El primado del Toledo había sido expulsado (y pronto sería disuelta la Compañía de Jesús, de cuyo colegio se hizo cargo con otros). La virulencia pública con la que se expresaba Senante aún no se había producido. Pero ya el léxico de Fal, un hombre formado de treinta y siete años, casado, con tres hijos, negocio y despacho abierto, era el del padre Gabino Márquez y la apologética, el de Menéndez Pelayo y Manuel Senante: Dios, Patria y respuesta inmediata, en vanguardia con los aguerridos ejércitos de la Cruz³⁸.

Había cierto magma cultural católico en el sur de Alemania (Baden-Wurtemberg, Baviera, Schwaben), católicos romanos enfrentados a los católicos antiguos; en Austria, los llamados *ultramontanos*, a quienes he hecho ya referencia (Clemens Maria Hofbauer y demás; abalados, según algunos, por el corporativismo que se defendía en el *Quadragesimo Anno* del papa Pío XI), reactivos frente al socialismo asociado a Prusia y la modernidad dominante (y en el que creció y consolidó la primera filosofía “práctica” de Heidegger), muy arraigada entre las comunidades jesuitas del lugar, que radicalizó al catolicismo hasta dar paso a formas políticas social-católicas (como la de Karl Lueger que dio paso a Dollfuss), un tipo de catolicismo similar al español³⁹. Un fenómeno a estudiar en el contexto de estas dictaduras radicales, pues pudo ser un fenómeno que recorriera Europa. También, España. Y Fal Conde pertenecía a ese colectivo de élites católicas, profesionalmente modernas y formadas en un pensamiento sin secularizar que acompañó aquel radicalismo.

Cuando los carlistas llegan del sur

Ha solido subrayarse —en exceso a mi entender— la condición familiar-local del carlismo. Sin negar esa explicación —que he podido constatar numerosas veces—, entre muchos jóvenes de la época las cosas sucedieron de otro modo. El carlismo fue para ellos un modo de rebeldía y contestación —no muy diferente al que pudo ser el falangismo—; un modo de *épater le bourgeois*, como aquel ‘Jean des Esseintes’ de *À rebours* (o *A contrapelo*, J.-K. Huysmans, *À rebours*, de 1884), antihéroe que odiaba el utilitarismo del siglo XIX y a quien los jesuitas del colegio veían como un chico de «inteligencia despierta pero indócil». Era la versión nihilista... pero no se olvide que

³⁸ *El Observador*, 21 de junio de 1931 (Año I, N° 1), en AFC: 328.

³⁹ Alfred DIAMANT: *op. cit.*; Robert A. KRIEG: *op. cit.*; Robert P. ERICKSEN, *op. cit.*

Huysmans recuperó más adelante un catolicismo místico y feroz. Los tiempos eran hostiles, pero ellos se veían alumbrando uno radicalmente nuevo y puro —digno de sacrificio, ... propio o ajeno—. Sucedió en Pamplona con Jaime del Burgo o Mario Ozcoidi (y su correspondencia de cárcel, digna de un místico como el rumano Corneliu Codreanu), la *a.e.t.* y el requeté local (que recibió con entusiasmo en 1934 el ascenso de Fal)⁴⁰.

Pero tal vez de un modo más sutil en Sevilla. Así, Manuel Giménez Fernández, luego, ministro de agricultura cedista (1935), joven sevillano del entorno de Fal (ver *supra*), opositor discreto del franquismo y reconocido jurista, confesaba en 1966 su *juvenil* identificación con el carlismo como una fiebre adolescente: «yo fui carlista, *actitud de protesta frente al orden establecido*, [...] desde los 15 a los 18 años» (ver *supra*). Jóvenes católicos radicalizados tras la Dictadura de Primo y la supuesta claudicación de los políticos ante la nueva República. Lo hemos señalado arriaba: alumnos de los jesuitas, doctores por la Complutense, profesores de derecho canónico de la Hispalense, ... se socializaban en cierta rebeldía piadosa y descarada ante lo establecido⁴¹.

Podría decirse —y valdría igualmente para Valencia, ciertos ambientes de Bilbao, Madrid, Barcelona, Zaragoza, etc.—, que, como el clima *Völkisch* de Múnich (I. Kershaw) o la vanguardia de Florencia (W. Adamson), había en la España de la época cierta cultura y tradición asociativa católico-apologeta, círculos de sociabilidad, que propiciaba la aparición de discursos radicales de transformación y redención provenientes del catolicismo militante⁴².

El caso cierto es que, gracias a la iniciativa de los integristas, inquietos ya con la caída de Primo de Rivera, había Juntas de la Comunión Tradicionalista-Integrista en buena parte de las capitales andaluzas ya en abril de 1930 (cuando el acto oficial de unificación no se produjo en el frontón Euskal-Jai de Pamplona el 11 de enero de 1932, casi dos años después). Al frente de aquella operación se situaron —no sin resistencia en el caso de Fal— un grupo de jóvenes encabezados por Manuel Fal Conde (Francisco Ayala y Más, Marcelino Agea Lama, Francisco López de Meneles, Enrique Valdenebro, Guillermo Poole, etc.). No era tan sólo «savia nueva» para el carlismo. Vendrían a comprometerlo con los tiempos, a hacer que el carlismo jugara un papel en Es-

⁴⁰ Esto pude verlo en Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 276-290.

⁴¹ Para el discurso católico radical, acorde con el papa Pío XI, ver Josep María MARGENAT: *El factor católico en la construcción del consenso del nuevo Estado franquista (1936-1937)*, Tesis doctoral, UCM Madrid 1991; ya SHLOMO BEN-AMI lo veía así en 1978; también Santos JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 275 y ss. Lo de Giménez Fernández en «Gente que cuenta. Manuel Giménez Fernández», entrevistado por E. MANZANO TORRES: *El Pensamiento Navarro*, 21 de agosto de 1966. También, José CALVO GONZÁLEZ: «Giménez Fernández y el regionalismo andaluz de los años 30», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 4 (1987), p. 95; Alberto CARRILLO-LINARES: *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965 - 1977)*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2008, pp. 33 y ss. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «La violencia y sus discursos: los límites de la «fascistización» de la derecha española durante el régimen de la Segunda República», *Ayer*, 71 (2008), p. 99, comparte de algún modo esta visión.

⁴² Precisamente de Valencia (Rafael Calvo Serer), Onésimo DÍAZ: «La vida de un joven monárquico en la zona republicana: Rafael Calvo Serer» (Universidad de Navarra. Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei).

pañá, que fuera jugaron otras organizaciones. No va a haber ocasión de desarrollarlo aquí es sus detalles, pero desde Sevilla se gestó una gran operación que abarcó toda España y supuso el germen de un *partido milicia* (pueden verse algunos detalles en la monografía de Leandro Álvarez Rey sobre Sevilla). Fuerte estructura organizativa (militarizada), apertura de sedes, importante red de periódicos entre Sevilla, Cádiz, Jerez de la Frontera, Jaén y Almería, constante realización de mítines (despliegue propagandístico), instrucción militar (cerrada y abierta) y acciones en las calles y los pueblos, paradas militares, grandes concentraciones (con servicio de orden) en plazas de toros, sedes y grandes locales; y alguna gran concentración en con parada militar, avionetas, misa solemne, becerradas, etc. como la celebrada en El Quintillo en 1934⁴³.

Se habló de sufrimiento, sangre y guerra desde el principio; de pureza y martirio, una combinación reiterada y que tanto sufrimiento produjo ese siglo en toda Europa. «No es momento propicio para flores —decía Fal Conde en el primer mitin celebrado en Sevilla tras la Sanjurjada; abril de 1933—. El tributo que desde aquí podemos rendir a la Inmaculada Virgen del Pilar, son esas boinas blancas, que parecen simbolizar la *pureza* de la mujer sevillana, y esas boinas rojas ... de las que dijo Lamamié que eran como un recuerdo de la sangre vertida en la Cibeles por dos jóvenes tradicionalistas [se refiere a dos jóvenes de AET muertos en Madrid el 10 de agosto, José María Triana y Justo San Miguel]... Sean aquí esas boinas [rojas] de la Juventud como el homenaje de *vuestra sangre que estáis dispuestos a derramar para que España no se derrumbe*. (Ovación) (cursiva, JU)». En el acto masivo en Sevilla celebrado en un abarrotado local de la calle Adriano con más de 3.000 personas según la prensa, hablaron Fal, Joaquín Valdés (Juventudes), Urraca Pastor y Ginés Martínez (obrero ferroviario)⁴⁴. Sangre derramada no hacía tanto por compatriotas en la Guerra del Rif (1911-1927; especialmente, 1921). Ramón J. Sender escribía sobre ella (*Imán*, 1930). «Huele a gasa fenicada [antiguo antiséptico]. Guerreras desgarradas y sangre en... los vendajes. Aquél blasfema al ladear la camilla, y éste que lleva un “tiro de suerte” [lo que le permitía volver a casa], ríe al pasar y guiña un ojo... En la baca del autobús se apilan los cadáveres mal cubiertos con una lona impermeable. Oficiales, casi niños, y soldados. Sangre roja en menudos arroyuelos, ventanillas abajo». No hacía doce años de aquello: el desastre de Annual... Pero la matanza de Casas Viejas —«obra de Azaña», se decía— había sucedido apenas un mes antes. (En Benalup, que Fal y Clairac visitaron pocos días antes, en enero, con los hechos recientes, dejando un donativo para las familias). Las palabras de Fal hablaban a hombres y jóvenes sabedores de lo que era sangre y sufrimiento⁴⁵.

⁴³ Puede seguirse todo esto en Leandro ÁLVAREZ REY: «El carlismo en Andalucía durante la IIª República (1931-1936)», en Alfonso BRAOJOS, Leandro ÁLVAREZ REY, Francisco ESPINOSA, *Sevilla, 36: Sublevación fascista y represión*, Sevilla, Muñoz Moya y Monraveta Eds., 1990; del mismo *La Derecha en ...*; VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.* También, el muy poco fiable Ricardo MARTÍNEZ DE SALAZAR, *Manuel J. Fal Conde. La política como servicio de Dios y España*, Cádiz, 1998. Lo de *partido milicia* en Emilio GENTILE, *Storia del partito fascista 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, Editorial Laterza, 1989.

⁴⁴ VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, p. 43. Clemente, «Última entrevista ...», p. 15.

⁴⁵ VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, pp. 41-43 y 69 n. Sobre Casas Viejas (Benalup), la dureza de las imágenes y el “proceso” a Azaña, puede verse el minucioso trabajo de Tano RAMOS: *El caso Casas Viejas. Crónica*

Y fue en Sevilla donde precisamente se materializó la Sanjurjada, un antes y un después en la trayectoria de Fal (del carlismo y de la República misma). Allí fue donde el general Sanjurjo se pronunció. El carlismo dudó ante la conspiración del general en agosto de 1932. «La intervención carlista ... fue no sólo insignificante, sino hasta menor de lo que después se ha venido diciendo», dice contundente Martin Blinkhorn. Así fue ... en parte. La dirección carlista del momento, 1932, navegaba en un ambiguo territorio entre la insurrección y la actividad parlamentaria. En realidad, la organización tuvo un comportamiento errático. En ningún momento se dieron instrucciones. Los contactos fueron más amplios de lo que se recoge. Fue contactado hasta el PNV, que mantuvo una actitud expectante (aunque lo rechazara en el momento). Los sectores más impacientes del carlismo en cambio se sumaron al pronunciamiento sobre la marcha. Blinkhorn da noticia de Jaime del Burgo (encarcelado en ese momento). El asalto a la sede del Ministerio de Guerra (donde se hallaba Azaña) y al Palacio de Comunicaciones desde la plaza Cibeles no fue cosa menor. Comparativamente, fue mucho más cruento que el 23-F y cualitativamente, mucho más peligroso. Allí murieron dos carlistas, en (diez en total), coches, civiles con armas largas, hombres armados y abatidos en el interior del Palacio, oficiales de gala llevados detenidos en camiones, ... son suficientemente expresivas de la virulencia del momento. Y de la gravedad, el control absoluto que tuvieron de Sevilla. El fracaso en Madrid de la intentona (con las autoridades ya informadas) impediría que se generalizara el golpe. El “error” fue concebir la intentona como mero *pronunciamiento* a la manera decimonónica: bando en Sevilla, otros pronunciamientos locales y control definitivo de Madrid. Los civiles, ya se irían sumando. Para el carlismo, sin embargo (cárceles compartidas, visitas y complicidades) supuso la entrada en contacto con una segunda línea de jefes del ejército (Varela, Utrilla, Rada proveniente de FE, etc.) valiosísima en el seno del ejército. La Sanjurjada fue al franquismo, lo que el *Putsch de la cervecería* al nazismo (aunque de signo contrario)⁴⁶.

Ginés Martínez Rubio, carlista, ferroviario y diputado por Sevilla en 1933, entrevistado por *El Siglo Futuro*, hablaba abiertamente de la instauración.

¿Cree usted que estas Cortes podrán hacer algo efectivo?», le preguntaba el periodista. «No creo ... Yo voy a ellas con la convicción de que éste será el último Parlamento que se elige por sufragio universal inorgánico. —¿...? —La lucha contra el marxismo, según se lleva hoy, me parece que es una profunda equivocación. El marxismo surgió como consecuencia lógica del liberalismo económico, de manera que, para acabar con el marxismo, es preciso acabar antes con las causas, o sea con el liberalismo. ... Luego, destruido el marxismo, hay que educar a las derechas de intereses [las del dinero], que a veces no han tenido más Dios ni más ley que la caja, para que los obreros, al ver defraudadas sus esperanzas, no nos vuelvan la espalda. ... —¿Cree usted que se solucio-

de una insidia (1933-1936), Barcelona, Tusquets, 2012, muy superior a la *Aldea maldita* del propio SÉNDER (autor de *Imán*, Barcelona, Destino, 1997, p. 36).

⁴⁶ Martín BLINKHORN: *Carlismo y ...*, pp. 138-140. VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, pp. 22-25. Sobre el PNV, José Luis de la GRANJA: *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 295-296, pero más en José Antonio de AGIRRE: *Entre la libertad y la revolución, 1930-1935*, Bilbao, GEU, 1976 (1935?), pp. 150-160. Los sucesos en Arrarás (*Historia de la...*, v. I, pp. 419-496).

naría la lucha de clases? —La lucha de clases terminará resucitando los antiguos gremios y aplicando las doctrinas de la Iglesia. . . practicar las doctrinas de León XIII. —¿A qué achaca usted el triunfo de los candidatos tradicionalistas por Sevilla? —Nuestro triunfo en Sevilla y en Andalucía es debido a . . . una gran corriente de simpatía al Tradicionalismo, sobre todo en la clase obrera, y a la labor de un grupo de hombres de buena voluntad, dirigidos por el infatigable Fal Conde . . .

La cita, larga, creo que resume mejor el modo de verse que el carlismo tenía en el grupo sevillano: una ideología acorde con León XIII, y ahora con *Qudragesimo Año* de Pío XI, radicalmente antiliberal por católica, pero propositiva, utopista. Y su configuración social no era nada *señoril*, a diferencia de FE. Si en las pasadas guerras los señores de la finca salían con “los criados”, ahora la adscripción era individual, con un orgullo nuevo obtenido de sus creencias y su compromiso⁴⁷.

Por lo demás, Fal rechazaba radicalmente la actividad parlamentaria. Por ello se dedicó en exclusiva a la labor de organizar «desde el interior» a la *nueva nación en marcha*. En esto coincidía con su correligionario Víctor Pradera quien apostaba también por la vía insurreccional. En su libro *Al servicio de la patria. Las ocasiones perdidas por la dictadura* de 1930, analizaba el golpe o pronunciamiento de Primo, las «causas del mal» que corrompía el sistema, el *sistema liberal parlamentario* en sí mismo —*que había que extirpar*, por incorregible—, y, las «Omisiones de la dictadura», y sostenía que el golpe de Estado primorriverista resultaba «necesario» según el derecho natural, que justifica tales acciones cuando la vida nacional se halla en peligro de muerte. Una tesis semejante al «estado de sitio» (*Belagerungszustandes*) de Carl Schmitt o el «derecho de rebeldía» canónico de Manuel Senante (1932) o el sacerdote Aniceto Castro Albarrán, rector de Comillas⁴⁸.

Buscad el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura

Fal Conde (como Ginés, Manuel Senante y otros) bebía doctrinalmente de un catolicismo tradicionalista apologético, radicalizado por el estado de cosas y el pensamiento de la época en el continente. Quien había llevado al pensamiento político del XX aquella idea de Balmes (dialogada con los Donoso Cortés, con Bonald o De Maistre y otros) atravesada por Menéndez Pelayo, era Vázquez de Mella. Y, tras él, por el navarro Víctor Pradera (1873-1936), que hay que entender inmerso en la cultura de occidente. Y, qué duda cabe, por la Iglesia católica, más conectada con la Iglesia mundial del tiempo de lo que suele reconocerse: un epicentro en el Vaticano, y “redes transfronterizas” de congregaciones, asociaciones y jerarquías. Pradera no es comprensible sin el

⁴⁷ AFC: 187-2. *In Memoriam. Manuel...*, p. 28. *El Siglo Futuro*, 24 de noviembre de 1933. 28. Véase cuadro sobre origen profesional de los militantes en Leandro ÁLVAREZ REY, *La Derecha en...*

⁴⁸ AFC: 176-Sevilla. Carta de Fal Conde a Fernando Contreras, 19 de octubre de 1933. MORODO: *op. cit.*, pp. 37-39, 172, 207.

cardenal Mercier o Karl Marx, a quienes estudió; sin Pío XI y León XIII o Engracio Aranzadi, Sabino Arana y Cambó, sin Rousseau o Jean Maritain, sin Gumersindo Azcárate, el conde de Romanones, Donoso Cortés o Aristóteles y Santo Tomás. Y, sobre todo, sin Charles Maurras y *Action Française*. *El Nuevo Estado*, su libro mayor, se tradujo al inglés por la editorial Sands y Co. En él Pradera citaba a G. K. Chesterton, converso del anglicanismo al catolicismo por su idea corporativa. Y, tal como el inglés descubrió lo que proponía en la Iglesia Católica, él, dice, encontró lo suyo en los Reyes Católicos. Fue amigo de Francisco Rolao Preto, integralista, como lo eran Antonio Sardinha o Hipólito Raposo, Luis Almeida, colaboradores de *Acción Española*, y Oliveira Salazar. Pradera se formó en Burdeos y desde joven quedó seducido con el corporativismo católico de La Tour du Pin. Fue suscriptor de *Action Française*. Se familiarizó con León Daudet y su padre Alphonse Daudet, con Georges Valois, declarado fascista, y su *La Nueva Economía*—que lo utilizó en su argumentación anticapitalista y anti-materialista—. Se interesó por la Croix de Feu del coronel de La Roque, el mayor partido movilizador en la “derecha” francesa—base sobre la que el Régimen de Vichy formó la Légion Française des Combattants; un coronel de La Roque con numerosos paralelismos con nuestro Fal—. También miró con mucha atención todo lo que en Austria sucedió con Karl Lueger y con Dollfuss; y al rexismo belga de Leon Degrelle, con el que le emparentaba la mutua admiración por Charles Maurras. Todos, como se ve, europeos, habitualmente católicos militantes (ligados a León XIII o Pío XI), monárquicos, partidarios del corporativismo y radicalizados en sus propuestas políticas y sociales⁴⁹.

Pues bien, en 1934, Fal Conde, ya como Secretario de la CT, formaba una comisión asesora de letrados compuesta por Víctor Pradera, Manuel Senante y Martín de Asúa y Mendía (hermano del sacerdote Pedro). En breve, diciembre de 1934, se constituyó el Consejo de Cultura Tradicionalista, de nuevo, Fal sitúa a Pradera como presidente. Un Pradera que, entre los miembros de la revista *Acción Española*, mejor había recibido el famoso *discurso del Teatro de la Comedia* de José Antonio en octubre de 1933 (con un artículo en diciembre). No voy a revisar aquí la doctrina de Pradera. Lo dicho más arriba puede servir para enmarcar su perfil (muy influenciado por las encíclicas papales de León XIII y Pío XI). Fal Conde siempre se consideró un fiel seguidor de Pradera y Vázquez de Mella, como muestran todas estas resoluciones ejecutivas que tomó⁵⁰.

⁴⁹ Sobre el coronel La Rocque y su circunstancia, Robert O. PAXTON: *La France de Vichy, 1940-1944*, Paris, Ed. du Seuil, 1997 (1973), p. 294. Detalladísimo, Jacques NOBÉCOURT: *Le colonel de La Rocque ou les pièges du nationalisme chrétien (1885-1946)*, Paris, Fayard, 1996. Sobre esto, José Luis ORELLA: *Víctor Pradera. Un católico en la vida pública de principios de siglo*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000, pp. 219-232.

⁵⁰ El artículo, Víctor PRADERA: «¿Bandera que se alza?», *Acción Española*, 43 (1933), pp. 643-651. *El Nuevo Estado*, Madrid, 1935. Lo mejor sobre Víctor Pradera sigue siendo Martin BLINKHORN: *Carlismo y...*, pp. 211-220, y algunas iluminaciones de Raúl MORODO: *op. cit., passim*. Una interesante biografía intelectual José Luis ORELLA: *Víctor Pradera...* (especialmente, para lo nuestro, pp. 135-232). Sobre su impacto en el franquismo, su discípulo Rafael GAMBRA: «Victor pradera en el pórtico doctrinal del alzamiento», *Revista de Estudios Políticos*, 192 (1973), pp. 149-163.

Iniciada la guerra, en octubre de 1936, un periodista de guerra de *La Petite Gironde* de Bayona entrevista a Fal. De nuevo, Víctor Pradera y su libro *El Estado Nuevo*: «Víctor Pradera, mártir de la Causa, fusilado en el fuerte de Guadalupe [en realidad, en el cementerio de San Sebastián]. El Carlismo quiere abolir en España la República —seguía—, protectora del comunismo y del separatismo, fuente de división y de escándalos, y *sustituirla por un Estado católico, regionalista, corporativo, antidemocrático y antiliberal*» (cursiva JU). En ello se insiste en toda la guerra. Tras su expulsión el 20 de diciembre de 1936, y su exilio en Lisboa mantiene una tensa correspondencia con el Caudillo rechazando la Unificación y por no querer formar parte del Consejo de FET. En diciembre de 1937 Fal, en carta enviada el 28 de noviembre, ya desde Sevilla, al cuartel del Generalísimo en Salamanca, que el Partido único «ahoga y desfigura las representaciones naturales de la Nación»; y recurría para sostenerlo a la autoridad intelectual de Mella y Pradera. Franco respondió áspero dando su versión de lo que Pradera y Mella querían decir (que escribían «contra el *partido político* ... liberal de pluralidad de partidos ... y que nunca podría dirigirse a nuestro sistema político que significa precisamente la superación de aquéllos en un régimen nacional de unidad»). Dos idiomas. Franco, empachado de palabras. Fal, fiel a la idea de Pradera y Mella. Hay más ejemplos así, siempre apelando ambos a Mella y Pradera⁵¹.

Firme en sus convicciones, Fal Conde, tras un arduo trabajo y diversas consultas políticas y técnicas a su equipo, presentaría en marzo de 1939 un «Bosquejo de la futura organización política española inspirada en los principios tradicionales», siempre en esta misma línea derivada de Mella y Pradera. Para esas fechas, Franco ya había optado: partido único burocratizado, máxima centralización, control en cada provincia a través de los gobernadores civiles, una secretaría nacional de confianza y la liturgia y el boato falangista, más vistoso para la potencia ascendente del momento, Alemania. El diseño, una arquitectura autoritaria eficaz, lo había hecho Serrano Suñer —dice que inspirándose en la tradición y más en Italia que Alemania—. En realidad, una dictadura férrea según el nuevo modelo europeo del “líder carismático”, la movilización de la población, etc.⁵².

En abril de 1937 aún, escribía don Javier a Fal Conde: Renunciamos a todo por la Patria y su propósito. Pero hay algo a lo que no podemos renunciar; «... un sacrificio que no puede imponérsenos y que nosotros no podríamos aceptar ... es el que renunciemos al porvenir. *No renunciemos ni renunciaremos al porvenir*» (cursiva JU). Aquél era un movimiento que, desde ese sentido de final de época que el modernismo podía representar, buscaba un nuevo renacer, un nuevo

⁵¹ El corresponsal firma R. C. S., «El carlismo en el bloque nacionalista», *La Petite Gironde*, 15 de octubre de 1936, de Bayona, recogido y traducido por Fernando Miguel NORIEGA en *Fal Conde y el Requeté juzgados por el extranjero. Crónicas de prensa*, Madrid, Ed. Católica Española, 1979 (1937), pp. 39-40. Lo de diciembre de 1936 en Jaime del BURGO: «Un episodio poco conocido de la guerra civil española La Real Academia Militar de Requetés y el destierro de Fal Conde», *Príncipe de Viana*, 196 (1992), pp. 495-494. La correspondencia Franco / Fal en AFC: 258-Conspiración (1) (2) y otras cajas.

⁵² El «Bosquejo...» en AFC: 178. Sobre estos episodios y Serrano he escrito en Javier UGARTE: «Del carlismo vasco...»

manto sagrado que les devolviera la seguridad, la confianza en el porvenir. No lo lograron en absoluto. Y la guerra y la limpieza política consiguiente no produjeron sino destrucción⁵³.

Si dos o tres se reúnen en mi nombre...

El 15 de abril de 1934 —a días de ser propuesto por Alfonso Carlos como Secretario General de toda la Comunión— se movilizó el carlismo sevillano para hacer una fiesta y una parada militar sin precedentes en el cortijo El Quintillo —lo cedía para tal fin el ganadero Anastasio Martín—. El acto se inició con una ceremonia religiosa, la entrega de un banderín, y «un espectacular desfile de casi mil requetés —cuenta el organizador militar del acto—, de ellos unos 600 totalmente uniformados, y todos los demás cubiertos con la boina roja y en perfecta formación militar, cornetas y tambores. Se desfiló (incluidas dos avionetas) bajo el estandarte del Sagrado Corazón, se pasó revista, se escucharon discursos, himnos; hubo comida campestre, Hora Santa y fiesta andaluza con becerrada incluida. Fue la puesta de largo del carlismo andaluz como *partido milicia* bien organizado. La parada la había presidido el que fuera general carlista José Díez de la Cortina, conde de la Cortina de la Mancha que decía: «Pero si yo soy de Sevilla, y aquí no había hace dos años más que dos curas carlistas... No sé si estoy soñando o si esto es realidad. Hay más carlistas hoy en esta tierra que cuando me eché al monte hace sesenta años con los criados de mi casa», cuentan Redondo y Zabala⁵⁴.

Aquella presentación significaba una nueva forma de concebir la política. La acción política debía conducirse por la vía de la organización, una buena red de prensa y la preparación de una fuerza de choque que permitiera el asalto al poder. Algunas autoridades de la Comunión preguntaban a Fal Conde si gustaba de jugar a «los soldaditos» —pregunta recurrente: se la hizo el conde de Rodezno a Jaime del Burgo a la puerta del Círculo de Pamplona, y el mariscal Pétain al coronel La Rocque tras un desfile de la Croix de Feu en París—⁵⁵.

Por lo demás, cuando el Conde de la Cortina recordaba que se echó al monte «con los criados de la casa», venía a mostrar la diferencia de los tiempos: ahora, jóvenes y gente de clase media, se sentían libres en su condición carlista; no era una revuelta de lealtades sino de voluntades libres. Equipos bien disciplinados y encuadrados, exhibición de fuerza y de medios, convicción y decisión, una doctrina y una promesa de porvenir. Si Hitler empleó una Ju-52 Tante para su campaña electoral, Fal Conde, más modesto, claro, los ponía al servicio de su vía insurreccional.

⁵³ Carta de don Javier a Fal Conde desde San Juan de Luz, 23 de abril de 1937, AFC: 274 C-2.

⁵⁴ Luis REDONDO y Juan ZAVALA, *El Requeté. (La Tradición no muere)*. Barcelona, Ed. AHR, 1957 (1954), pp. 273-274. *In Memoriam. Manuel...*, p. 32. VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, pp. 71-73. *La Unión*, 16 de abril de 1934. Sobre la imagen del asalto a Madrid escribí en Javier UGARTE: *La nueva Covadonga...*, pp. 235-239 y 350-369.

⁵⁵ Puede seguirse esta pugna en Martin BLINKHORN: *Carlismo y...*, pp. 194-204 y ss.

Los jóvenes tuvieron su expresión en Jaime del Burgo desde Pamplona y la *a.e.t.* «La mano tendida en el Norte, en esta querida Navarra ha sido, gracias a Fal, estrechada por sobre España en tierras andaluzas, para empuñar las espadas»⁵⁶.

La vía insurreccional conllevaba una estrategia conspirativa muy bien estructurada (contactos permanentes, fuera y dentro de las instituciones), una fuerza de choque bien estructurada (de ahí la comentada recluta de los jefes militares José Varela, Ricardo Rada y Alejandro Utrilla, que con José Luis Zamanillo como Delegado Nacional, diseñaron un detallado plan de despliegue militar), la militarización de la estructura del partido (que se ensayaría en 1936 con la constitución de la Junta Nacional Carlista de Guerra en Burgos, contrapuesta —y ésta sería su debilidad— a la Junta Central de Guerra Carlista de Navarra), y grandes concentraciones de gente con consignas, liturgia y el Requeté desfilando en ellas para que ésta se templara en la idea de un golpe. Hacer un *partido milicia*⁵⁷.

Es cosa conocida que el catolicismo militante entre finales del XIX y principios del XX se “apropió” de diversas liturgias locales, tradiciones, devociones de la Península para convertirlas en actos políticos. El equipo de Fal Conde lo hizo también, y la politizó al extremo. En otro lugar he llamado *estilización* a este modo de elevar el nivel simbólico de un acto; fijar un *estilo* para expresar emociones primordiales y convertirlas en una alegoría de un todo político al que el símbolo y la liturgia remiten. Pero el término es lo de menos; importa saber de lo que hablamos⁵⁸.

El Monasterio de Santo Toribio de Liébana se encuentra a 2 km. de Potes. En su interior se encuentra la Capilla del *Lignum Crucis*, donde se custodia la mayor reliquia conservada de una astilla de la Cruz. Allí organizó José Luis Zamanillo el 15 de julio de 1934, año jubilar, una masiva concentración de la Comunión santanderina. Santo Toribio se pobló de grandes «dosis de espíritu [del que] estaban llenos los requetés de la Montaña» se dijo. Zamanillo, vería allí «un simbolismo especial en la ingente corona de montañas que circundan la villa (de Potes), que son imagen de esa tradicional corona, más grande aún que esta, que es el verdadero y más firme baluarte de los derechos de la Patria y de Dios». *El Siglo Futuro* calculó que habría unas 3.000 personas y mil requetés «perfectamente uniformados». Hubo marcha hasta el Monasterio a las órdenes del comandante Alejandro Velarde, Santa Misa, Desfile (con banda de cornetas y tambores; y arenga de Fal Conde desde lo alto de una roca) Allí, los requetés «humillaron su frente ante el *Lignum Crucis*, confesando a Dios, hacedor de la Patria» su lealtad. Después, en Potes, comida y mitin.

Fal pedagógico, como un excelente predicador, les dijo, «sólo quiero ser semilla que se eche al surco para que en él se pudra y luego germine en la hermosa amapola del triunfo. Quiero morir,

⁵⁶ *a.e.t. cit.* en REDONDO Y ZABALA, *op. cit.*, p. 274.

⁵⁷ Ver Martín BLINKHORN: *Carlismo y...*, pp. 235-347, la relación ambivalente del carlismo con los fascismos. Javier UGARTE, *La nueva Covadonga...*, pp. 49-139. El enfrentamiento JNCG y JCCGN en varios lugares. Lo traté en Javier UGARTE, «El carlismo en la Guerra del 36: la formación de un cuasi-estado nacional-corporativo y foral en la zona vasco-navarra», *Historia Contemporánea*, 38 (2009), pp. 49-87.

⁵⁸ Javier UGARTE: «Un episodio de “estilización” de la política antirrepublicana: la fiesta de San Francisco Javier de 1931 en Pamplona», en Luis CASTELLS (ed.), *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, UPV-EHU, 1999, pp. 159-182. Para lo comentado, a partir de Max Weber, ver especialmente nota 7.

pero morir en los campos de batalla o en las calles... Este es el momento del triunfo y al pensar en esto imaginad lo que será una educación cristiana, imaginad lo que será un hogar en el que presida Cristo, imaginad lo que será estar gobernados por un Insigne caudillo». Imaginad ... era su lema. Les animaba al sufrimiento, a la muerte en batalla si fuera necesario. *Adveniant Regnum Tuum*. La alegría de una vida pura. Y se adentró en el lema: Dios, Patria y Rey: «Con Dios y la Patria está el Rey, porque éste simboliza los tres postulados del lema... el puente histórico que se tiende entre los 70.000 voluntarios que lucharon en la ... pasada reconquista dando muchos de ellos su sangre y su vida por el triunfo de este lema, y estas juventudes de hoy que, o son cobardes y suicidas, o están decididas a lanzarse a las montañas. (La ovación que los concurrentes ..., es imponente.)». Es una inmensa concentración humana; coches, camiones; una gran expectación entre el público —a quienes ha señalado quién es el enemigo: la democracia y el parlamentarismo—. «Vamos a la tercera reconquista», termina. Antes, Sanganís Zamanillo, Arellano, Comín, Lamamié de Clairac y Urraca Pastor, que «con el lenguaje admirable de la mujer fuerte y cristiana», les dijo «¡Fiestas carlistas! ¡Peregrinaciones carlistas! *Benditas mil veces porque templáis el ánimo* de los que empezamos la vida y *dais esperanza* a los viejos en la lucha por la Causa de ver el triunfo antes de la muerte»⁵⁹.

Se hicieron cientos de actos como aquél. En Estella, en Tafalla, Elgóibar, Alcoy, Arciniega, Mañeru, Cádiz Tudela, Santa Cruz de Campezo, Campillos, Gerona, Azpeitia, Algorta, Baracaldo, Pamplona, Toledo, Fuencarral, Sevilla, Huelva, Jerez de la Frontera, Puerto de Santa María, Málaga, Sanlúcar, Córdoba, Madrid, media España era recorrida por los activistas carlistas coincidiendo con festividades religiosas o no. Y estaban los *Aplec* en Cataluña y Valencia. Basta recorrer la sección «Noticiero quincenal» de *Tradicción* para hacerse una idea de la inmensa actividad que desplegó el carlismo esos pocos años anteriores a 1936⁶⁰.

Por lo demás, podría decirse que la figura de Fal fue adquiriendo cierto aire carismático (cosa no menor en aquel tiempo de mitos y símbolos, como señaló Cassirer). De aspecto distinguido y bien plantado, de mediana estatura, algo grueso, pero aun así esbelto, cuentan los próximos que era conversador y con un humor risueño y afable. Las viejas autoridades del partido (Rodezno, Oriol), tenían mala opinión de su ‘compostura’: insípido y mediocre, decían (aunque, quien lo decía, Luis Arellano, íntimo de Rodezno, le reconocía la admiración que sentían hacia él muchos carlistas). Su perfil se estilizó una vez estallada la guerra. «Fuerte, atrayente, con mirada extremadamente dulce —le describe un periodista francés—, que se anima con llama ardiente cuando habla, cortés, amable, elocuente». Puede vérselo en la primera de *La Unión* de Sevilla del 19 de octubre de 1936 —a toda plana—, junto al general Queipo de Llano y al comandante Luis Redondo. Brazos cruzados, bien asentado en tierra, la cabeza tiesa, es Fal quien domina la escena.

⁵⁹ De *El Siglo Futuro*, 16/19 de julio de 1934. Y REDONDO Y ZABALA: *op. cit.*, pp. 271-272.

⁶⁰ *Tradicción* fue la revista quincenal de doctrina carlista (1933-1935) que promovió Fal Conde con el ánimo de ir unificando criterios doctrinales dentro del tradicionalismo. Puede consultarse en la página del Ministerio de Cultura http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?idPublicacion=1000796&anyo=1934.

Hay otras muchas fotografías entre requetés, con otros compañeros: risueño o no, siempre transmite cierta apacible serenidad. Vestido de caqui, correa y boina roja, logró, tras el estallido de la guerra, un porte al modo de los líderes de la época: aire de comandante (Jefe), cierto aire también de predicador... un Mussolini sin histrionismos. De su tono de voz y ademán en los discursos nada sabemos salvo un par de fotos. Quizá tras su afabilidad había un orgullo lacónico que ha solido “confundirse” frecuentemente con intransigencia, dogmatismo y «ácido anti-totalitarismo» (Tusell). En la jerga de la época, algunos le llamaban *Jefe*. Pero él siempre supo que el Caudillo era —y así debía ser— el Rey. Esto —y tal vez su falta de desparpajo y arrogancia de la que hicieron gala los chicos de FE— le impidieron asumir un mayor papel de liderazgo que algunos le reclamaban. No fue el Jefe, el Líder absoluto que el carlismo pudiera necesitar. Eso siempre se lo reservó al Rey o al Príncipe (Alfonso Carlos o Javier). Pero fue sin duda un hábil organizador y político de calado, cambió las reglas de juego de la derecha radical durante la República, y el partido (CT) estuvo listo para recibir, organizar y movilizar a los españoles de todos los estratos sociales.⁶¹

Como Montejurra más adelante, el *Aplec* de Montserrat (en mayo se había celebrado otro en Poblet) era un encuentro anual que se celebraba en otoño. En 1935 se celebró el 3 de noviembre, domingo. Fue aquél en el que Fal Conde dijo aquello de que «si la revolución al servicio del extranjero quiere llevarnos a una guerra, habrá guerra. (Enorme ovación)», según *El Siglo Futuro*. En su tiempo fue tan conocida como la frase Calvo Sotelo de «antes una España roja que una España rota»⁶².

Aquel año hubo una asistencia masiva. Con lo que implicaba en aquel tiempo el desplazamiento hasta un lugar mal comunicado: coches autobuses, trenes, excursiones a pie, ... se calculó que asistieron unas 50.000 personas. La escenografía fue la de Potes, pero mucho más masiva. Pueden verse fotografías en *El Siglo Futuro* de esos días. También *La Vanguardia* en la que se relataba. A la escenografía habitual de banderas y oradores y requetés desfilando, habría que añadir la monumentalidad y carga emblemática del escenario y del recinto conventual: Montserrat, la “la Sacra montaña”, asiento de la Moreneta, lugar de recogimiento para los reyes⁶³.

⁶¹ *La Unión* ya citada. «No es sólo, con ser mucho, el Jefe. Es, además, ... factor indispensable del resurgimiento nacional, editorializaba el *Pensamiento Alavés*, 23 de marzo de 1937, mientras se preguntaba por su paradero. Fal estaba exiliado en Lisboa. Periodista en Fernando Miguel NORIEGA, *op. cit.*, p. 39. Javier TUSELL: «Los zigzags del carlismo», *La Vanguardia*, 07 de octubre de 1977. Fernando GARCÍA DE CORTÁZAR: «El tradicionalismo de Fal Conde», *ABC Cultura*, 19 de mayo de 2015. Sobre el ambiguo liderazgo de Fal, Martin BLINKHORN: *Carlismo y...*, p. 302.

⁶² Se recogen las intervenciones en *El Siglo Futuro*, 04 de noviembre de 1935. Además, ver los días 1 a 6. *La Vanguardia*, 05 de noviembre de 1935.

⁶³ «EL CENTENARIO DE WALTER SCOTT —titulaba destacado *La Vanguardia* del domingo 14 de mayo de 1933, dos años antes— Un acto simbólico en Montserrat. EL RENACIMIENTO CATALÁN». Y en el texto podía leerse: «El Presidente de la Generalidad de Cataluña, don Francisco Maciá, acompañado de su secretario señor Alavedra, comandante de los mozos de escuadra señor Pérez Farrás y del oficial de ceremonial de la Generalidad señor Gibert; salió ayer a las tres de la tarde, en automóvil, hacia Montserrat para asistir al acto de plantar un brote de brezo, enviado especialmente de Escocia, en los jardines de aquel Monasterio».

En 1935 y 1936 el carlismo y su líder Fal Conde habían llegado a su cénit como partido movilizador (*partido milicia*, como llama a esto Emilio Gentile): su capacidad de convocatoria era enorme, su organización semi-militarizada estaba perfectamente engrasada, el poder simbólico era inmenso, llegaba a buena parte del territorio español... y tenía importantes contactos institucionales —aunque ni mucho menos los suficientes como el de apoyarse en sectores armados de policía o ejército—. Era la parte débil de su estructura conspirativa. En España esa tarea estaba en manos de mucha gente, pero, finalmente, la concentraron los jefes militares, un colectivo de generales que tuvieron aquella reunión germinal en Madrid el 8 de marzo —que, por otra parte, controlaban las armas—.

Con todo, el carlismo no resultaba una fuerza militar despreciable en absoluto (ha habido un canon que se ha repetido formulado por Julio Aróstegui, uno de los mejores conocedores del carlismo por lo demás, sobre la “fantasía” de una «insurrección carlista» contra la República). Fal Conde hizo un relato convincente sobre el particular en una entrevista concedida en 1978 en la que, tras hacer recuento de su propio potencial militar, muy considerable, con conexiones en Italia y Portugal, concluye que un salto sostenido no hubiera sido imposible; sin embargo, no había duda de la necesidad de contar con el Ejército —cosa que confirman las fuentes consultadas por González Calleja y las lecturas de Fal Conde en el momento: Curzio Malaparte, *Técnica del golpe de Estado*—. Mola lo sabía, sabía que tenía que contar con los carlistas. Y Fal sabía que no se bastaban. Ejército y carlismo se necesitaban; tenían que entenderse o no hubiera habido un 18 de julio. El mes de julio se jugó una delicada, tensa y decisiva partida de ajedrez entre San Juan de Luz y Pamplona (con cierto arbitraje del general Sanjurjo). La partida la ganó Mola por la intervención torticera del sector conservador de la Comunión en la partida (el conde de Rodezno y otros notables navarros, Martínez Berasáin, y la incitación de *Garcilaso*, Raimundo García, director del *Diario de Navarra*; lo he relatado en otro lugar). El enemigo no estaba fuera (FE, los totalitarios), lo tenía en casa. El Requeté, el sector joven y más comprometido y convencido del ideal, le apoyó hasta el final de la guerra; la dirección de CT en Navarra, los “conservadores” de Jaime del Burgo, lo sabotó⁶⁴.

El carlismo radical partió internamente derrotado al frente en julio de 1936. (El 17 de septiembre de 1936 se homenajeó a Fal Conde en Higuera de la Sierra), su pueblo natal; el 10 de noviembre de 1941, el fiscal de Sevilla denunciaba a Domingo Fal Conde, hermano de Manuel, por haber encargado una misa «con la intención de que la Virgen Patrona librara a su hermano D.

⁶⁴ Las explicaciones de Fal Conde en CLEMENTE: *op. cit.*, pp. 15-17. GONZÁLEZ CALLEJA: «La violencia y...», pp. 99-100. Julio ARÓSTEGUI: «El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936», *Arbor* 491-492 (1986) sostiene que nunca fue viable una insurrección carlista independiente, de modo que éstos no harían sino fantasear sobre sus pasadas guerras guerrilleras del XIX. Gabriele RANZATO: *El gran miedo de 1936*, Madrid, La Esfera, 2014 (2011), pp. 340-341, se hace eco y lo remata hablando de la indecisión y precariedad de los labores de Mola (aparte de confundir el número de milicia falangista con la carlista, 10.000). Parece querer ignorar lo que hubo de improvisación en el nombramiento como canciller de Hitler y el viaje del general Blomberg desde Ginebra el mismo día 30 de enero de 1933; o los sucesos, inevitablemente también improvisados en Italia entre los días 27 y 31 de octubre de 1922. Mi propia descripción, en UGARTE: *La nueva Covadonga...*, pp. 49-100.

Manuel de todo peligro»⁶⁵). Aquella coalición iba a ser liderada por los militares (con el adorno de la retórica y estética falangista). La guerra fue una tragedia en sí para España (herida por la que aún sangramos). Una tragedia para España y una derrota para ese carlismo que representó Fal Conde, el carlismo joven, el convencido, el más exaltado, el esperanzado que buscaba recomponer un cielo protector sobre el país. Durante la guerra ese carlismo continuó siendo sistemáticamente refrenado, arrinconado, destruido, como muestra cuidadosamente Manuel Martorell, por los militares y Serrano Suñer. A pesar de ello, como mostró Julio Aróstegui, al fracasar el golpe del 18 y 19 de julio, inmediatamente una inmensa fuerza salió a combatir en todos los frentes (que no tiene comparación con la falangista: fuerza de aluvión, de última hora, sin estructura, frente al encuadramiento, la red de mandos —lo primero en ser destruido— y el adiestramiento del Requeté). Tal como los comunistas formaron la fuerza de élite de la República, la de los sublevados la compusieron, con la Legión, los carlistas (decisivas en la Batalla del Ebro de 1938)⁶⁶.

Lo que se ganó con un régimen abierto (el liderazgo movilizador del nacionalismo radical en España) se perdió con el clima castrense y ciego de la guerra.

Seamos, pues, prudentes

Identificar un contexto histórico en torno a 1900 en el que la modernidad desgastada entra en crisis, y denominar *modernismo*, como hace Roger Griffin, a un amplio y abigarrado movimiento de rechazo que, surgiendo en las artes, pasa a la sociedad y toma formas variadas en la política, ayuda a entender figuras como son las de Manuel Fal Conde y situarlas en su contexto.

Aparte de ajustarse relativamente bien a las cosas tal como sucedieron, digamos, es un concepto de larga tradición también en la cultura hispana. Ya en 1932 el lingüista e historiador hispano-estadounidense Federico de Onís lo empleaba: «el modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1835 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy». Una fórmula que se asemeja a la que emplea Griffin. También Juan Ramón Jiménez, frente a un Gabriel Maura, Azorín, Laín Entralgo o, sobre todo, Guillermo Díaz-Plaja, veía las cosas más o menos, así. Jorge Urrutia en la introducción a Juan Ramón decía que teniendo en cuenta que existieron ciertas posturas místicas centroeuropeas, que tuvieron gran repercusión y han sido suficientemente estudiadas, llama «la atención que los historiadores y críticos franceses de la literatura no tengan en cuenta ese modernismo religioso que explicaría sensatamente las famosas conversiones de Verlaine, Huysmans, etc...» (también los franceses, como los españoles, jugaban al localismo en esa área). De eso se trata, de no dar la espalda a lo que suce-

⁶⁵ El homenaje en *La Unión*, 17 de septiembre de 1936. La denuncia en AFC: 187-Huelva.

⁶⁶ Julio ARÓSTEGUI: *Los combatientes carlistas en la guerra civil española. 1936-1939*, Madrid, Aportes XIX, 1991, 2 vols. Y Manuel MARTORELL: *Retorno a la lealtad. El desafío carlista al franquismo*, Madrid, Actas, 2010, sobre la marginación sistemática del carlismo.

de en Europa, y tener una explicación cabal y comprensible —no demasiado sinóptica, más bien flexible— en el ámbito natural europeo, de modo que resulte inteligible el tradicionalismo de Fal Conde en los 30s⁶⁷.

Volviendo al caso inicial, del tradicionalismo de Luis Lucia, Calvo Sotelo, el conde de Rodezno, Gil Robles, Herrera Oria, el cardenal Segura y el propio Fal Conde, podría decirse que sólo este último practicaría un catolicismo político asimilable a esa imagen modernista de oposición vehemente al mundo heredado de la revolución francesa, al racionalismo y al cientismo (no a la ciencia), al triunfo de lo prosaico en la sociedad burguesa decimonónica, mientras proponía —y esto es fundamental— un nuevo renacer en una sociedad cristiana (todas sus apelaciones al porvenir, al “Reinaré”, y su resistencia a que esa ilusión decayera a manos de los militares), una España nuevamente poderosa, que creara un nuevo manto protector, que la secularización del mundo había retirado dejando a las comunidades naturales, al hombre, a la intemperie.

Lo hicieron, por otro lado, según el estilo de los tiempos y las fórmulas políticas asimilables (aquí sí puede hablarse de un *fascismo genérico*, a lo Griffin y Eatwell): creando una milicia urbana templada, adoptando las formas de acción callejera y la disciplina militar correspondiente, echando mano del ultranacionalismo católico como tocaba en España (como tocó la ortodoxia en Rumanía y o el Imperio romano en Italia), y adoptando los símbolos y la liturgia propia para encantar de nuevo a unas poblaciones atemorizadas. Hasta hicieron un amago de crear un líder carismático con Fal Conde, vestido de caqui, correa y boina roja (y un *detente* del Sagrado Corazón en el pecho). Había una actitud de rebeldía con la época y había un estilo, una estética particular.

En cuanto toca a la Comunión, no fue aquella una divisoria que separara a integristas (Fal lo fue) de jaimistas como en algún sitio se ha sugerido. Fal contó siempre con el apoyo de aquellos más convencidos de que tras el esfuerzo de reconquista «en ocho meses, no: en ocho días», nacería un mundo nuevo y protegido, refundado, donde estarían a salvo del ateísmo, de la revolución, de la masonería —o, si se prefiere, una España recristianizada y armoniosa—. Eso estaba homogéneamente repartido en las viejas facciones. Entre los seguidores de Fal predominaron los jóvenes, los comprometidos en el frente, universitarios cargados de ilusión, en general, la estructura y los componentes del Requeté. Quizá José Luis Zamanillo representase todo aquello para Fal. Fue su lugarteniente mucho tiempo. De ahí tal vez que su alejamiento personal a partir de 1955, con la dimisión de Fal como jefe Delegado, y su separación paulatina de la Comunión (aquí hay otras circunstancias, como fue la llegada de Carlos Hugo) representó para Fal su mayor disgusto personal.

Por lo demás, es cierto, como dice González Calleja, que, a lo largo de la guerra, el exilio en Portugal de Fal ya el mismo 36, la desvertebración de la estructura de mando del Requeté y de sus propias unidades, y la unificación forzosa en abril del 37 desarboló al carlismo, le dejó sin apo-

⁶⁷ Federico de ONÍS: «Prólogo» a su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, 1932, cit. por GUTIÉRREZ GIRARDOT: *Modernismo*, p. 18. Jorge URRUTIA: «Introducción» a Juan Ramón JIMÉNEZ: *El modernismo. Apuntes de curso (1953)*, Edición del propio Jorge Urrutia, Madrid, Visor, 1999, p. XIV.

yos firmes y en manos de los militares y Franco: ya sólo podían proponer e intentar convencer a Franco (a ello se dedicó Fal con ahínco hasta su dimisión en 1955). Pero ya no contaban para el dictador. El falangismo, por el contrario, «que en julio de 1936 partía virtualmente de cero», ascendió de modo fulgurante de la mano de Serrano Suñer (aunque muriera también de éxito)⁶⁸.

Lo que Fal representó, un catolicismo modernista (que no moderno, insisto), el mundo nuevo formado en el catolicismo militante, el tradicionalismo de apologetas y nuevos intelectuales de la Iglesia, emparentado con todos los radicalismos contrarrevolucionarios de Europa (aunque se vieran a sí mismos revolucionando su mundo y se llamaron muchas veces revolucionarios) fue uno de los cauces por los que discurrieron las aguas que desembocaron en el río del franquismo. Ésta y otras. Lo fueron al menos como lo fue la Falange de José Antonio. O tal vez más en sus orígenes: habría que comparar la penetración en la clase media de los 30s de los apologetas y Menéndez Pelayo frente a la que pudo tener el fascismo de Gecé (Giménez Caballero), por ejemplo, tan tratado por la profesión. Reconstruir *todos* los flujos variados que atravesaron al franquismo es tarea del historiador; y no separar el grano de la paja (lo que quisiera que fuera el fascismo), porque en la vida nada es paja, nada resulta desechable.

De modo que, sin perplejidades ni paradojas, es lo que hubo y es lo que toca contar. Después de todo, también ocurría en Alemania (y en Europa en general como he tratado de mostrar). «Alemania —dice el estudioso Robert Ericksen— se enfrentó a una grave crisis de modernidad en el período posterior a la Primera Guerra Mundial. Dentro de esa crisis, tres teólogos protestantes bien intencionados, inteligentes y de buena reputación —Gerhard Kittel, Paul Althaus y Emanuel Hirsch— adoptaron una postura política que finalmente les llevó a apoyar a Adolf Hitler». También ellos «eran nacionalistas a quienes la derrota y la humillación posterior de Alemania en la Primera Guerra Mundial les resultó personalmente dolorosa y anhelaban un renacimiento de la unidad, la fuerza y el orgullo de Alemania, basados en los valores comunes de un *Volk* unificado». Pasó en Europa. Así debemos razonablemente contarlo. Fue el franquismo, parte del franquismo, y así debe mostrarse —sin olvidar las ramas que se rompieron o fueron podadas en un momento del pasado, como dijo del carlismo hace ya mucho Jaume Torras⁶⁹—.

⁶⁸ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)», *El Argonauta Español* [on line] 9, (2012) (<http://journals.openedition.org/argonauta/819>). Sobre la evolución posterior de CT doy una visión muy resumida en Javier UGARTE: «Del carlismo...».

⁶⁹ Robert P. ERICKSEN: *Theologians...*, p. 198.